

COLECCIÓN ROA BASTOS

**Cuentos
para la
Humanidad
Joven**



Asunción, Paraguay
2006

© **AUGUSTO ROA BASTOS**
Cuentos para la Humanidad Joven



25 de Mayo esq. México
Telefax: (595-21) 444 770
E-mail: servilibro@highway.com.py
www.servilibro.com.py
Plaza Uruguay
Asunción - Paraguay

Dirección editorial:

Vidalia Sánchez

Diseño de tapa:

Claudia López - Bertha Jerusewich

Composición y Diagramación. *Gilberto Gilberto Riveros Arce*

Corrección:

Beatriz Pompa

Asunción, Febrero 2006

Hecho el depósito que marca la ley N° 1328/98

ISBN: 99925- 961 -8 -X

Cuentos seleccionados por Roa Bastos

Entre los papeles, notas y escritos que dejó don Augusto Roa Bastos que encontraron sus hijos al ordenar los archivos, apareció esta nómina de cuentos para los jóvenes que él mismo tituló: “*Cuentos para la Humanidad Joven*”.

Para quienes lo conocimos de cerca no resulta nada extraño saber que don Augusto sabía que la lectura es capaz de elevar al ser humano por encima de sí mismo en el goce estético y al mismo tiempo ser el camino de oro para adquirir conocimientos sólidos.

Ya en el bellísimo prefacio de la colección “Festilibro” (Biblioteca Infanto-Juvenil que dirigió con orgullo para nuestro sello editorial) nos decía: “*Si mi madre, Lucía Bastos, a quien estoy agradeciendo en esta página, no hubiese llevado una colección de libros a Iturbe, tal vez mi infancia hubiera sido distinta. Estepequeñero inmenso gesto de mi madre me presentó los mejores amigos que tuve a lo largo y a lo ancho de mi vida: los libros. Lucía*

Bastos se llevó a Shakespeare, a los clásicos del Siglo de Oro, a Homero y a una constelación de poetas que me abrieron otro mundo más allá de las siestas incendiadas de Iturbe, reflejos de un espejismo que no termina de reverberar para dar forma a las cosas, como personaje de aquellos libros inmortales. Con los libros recibí una herencia inmemorial y allá en la distancia, rodeado de la naturaleza salvaje del paisaje, puede intuir la marcha de la historia, las grandezas y miserias del ser humano, las maravillas de otros mundos”.

En este verdadero testamento para la juventud, el escritor reveló una vez más su capacidad de comprender las necesidades más profundas de nuestro país.

SERVILIBRO quiere colaborar con esta voluntad de don Augusto. Lo hace poniendo a disposición de docentes, lectores, alumnos y alumnas este material valiosísimo, porque entiende que el legado de don Augusto Roa Bastos es un homenaje a la generación joven.

La Editora

Carpincheros

La primera noche que Margaret vio a los carpincheros fue la noche de San Juan.

Por el río bajaban flotando llameantes islotes. Los tres habitantes de la casa blanca corrieron hacia el talud para contemplar el extraordinario espectáculo.

Las fogatas brotaban del agua misma. A través de ella aparecieron los carpincheros.

Parecían seres de cobre o de barro cocido, parecían figuras de humo que pasaban ingravidas a flor de agua. Las chatas y negras embarcaciones hechas con la mitad de un tronco excavado apenas se veían. Era flotilla entera de cachiveos. Se deslizaron silenciosamente por entre el crepitar de las llamas, arrugando la chispeante membrana del río.

Cada cachiveo tenía los mismos tripulantes: dos hombres bogando con largas tacuaras, una mujer sentada en el plan, con la pequeña olla delante. A proa y a popa, los

perros expectantes e inmóviles, tan inmóviles como la mujer que echaba humo del cigarro sin sacarlo en ningún momento de la boca. Todas parecían viejas, de tan arrugadas y flacas. A través de sus guiñapos colgaban sus flácidas mamas o emergían sus agudas paletillas.

Solo los hombres se erguían duros y fuertes. Eran los únicos que se movían. Producían la sensación de andar sobre el agua entre los islotes de fuego. En ciertos momentos, la ilusión era perfecta. Sus cuerpos elásticos, sin más vestimenta que la baticola de trapo arrollada en torno de sus riñones sobre la que se hamacaba el machete desnudo, iban y venían alternadamente sobre los bordes del cachiveo para impulsarlo con los botadores. Mientras el de babor, cargándose con todo el peso de su cuerpo sobre el botador hundido en el agua, retrocedía hacía popa, el de estibador con su tacuara recogida avanzada hacia proa para repartir la misma operación que su compañero de boga. El vaivén de los tripulantes seguía así a lo largo de toda la fila sin que ninguna embarcación sufriera la más leve oscilación, el más ligero desvío. Era un pequeño prodigio de equilibrio.

Iban silenciosos. Parecían mudos, como si la voz formara apenas parte de su vida errabunda y montaraz. En algún momento levantaron sus caras, tal vez extrañados también de los tres seres de harina que desde lo alto de la barranca verberante los miraban pasar. Alguno que otro perro ladró. Alguna que otra palabra gutural e incomprensible anduvo de uno a otro cachiveo, como un pedazo de lengua atada a un sonido secreto.

El agua ardía. El banco de arena era un inmenso carbunclo encendido al rojo vivo. Las sombras se los carpinchos resbalaron velozmente sobre él. Pronto los últimos carpincheros se esfumaron en el recodo del río. Habían aparecido y desaparecido como en una alucinación.

Margaret quedó fascinada. Su vocecita estaba ronca cuando preguntó:

— ¿Son indios esos hombres, papá?

— No, *gretchen*, son los vagabundos del río, los gitanos del agua —respondió el mecánico alemán.

¿Y que hacen?

— Cazan carpinchos.

— ¿Para qué?

- Para alimentarse de su carne y vender el cuero.
- ¿De dónde vienen?
- ¡Oh, *Püppchen* nunca se sabe!
- ¿Hacia dónde van?
- No tienen rumbo fijo. Siguen el curso de los ríos. Nacen, viven y mueren, *Vati*, ¿dónde les dan sepultura?
- En agua, como a los marineros en alta mar
- la vos de Eugen tembló un poco.
- ¿En el río, *Vati*?
- Son las fogatas de San Juan de Borja las encienden esta noche sobre el agua en homenaje a su patrono.
- ¿Cómo sobre el agua? —siguió exigiendo Margaret.
- No sobre el agua misma,

Gretchen. Sobre los camalotes. Son como balsas flotantes. Las acumulan en gran cantidad, las cargan con brazas de paja y ramazones secas, les pegan fuego y las hacen zarpar. Alguna vez iremos a San Juan de Borja a verlo hacer.

Durante un buen trecho, el río

brillaba como una serpiente de fuego caída de la noche mitológica.

Así se estaba representando probablemente Margaret el río lleno de hogueras.

— ¿Y los carpincheros arrastran esos fuegos con sus canoas?

— No, *Gretchen*; bajan solos en la correntada. Los carpincheros sólo traen sus canoas a que los fuegos del Santo chamusquen su madera para darles suerte y tener una buena cacería durante todo el año. Es una vieja costumbre.

— ¿Cómo lo sabes, *Vati*? – la curiosidad de la niña era inagotable. Sus ocho años de vida estaban conmovidos hasta la raíz.

— ¡Oh, *Gretchen*! – la reprendió Ilse suavemente–.

¿Por qué preguntas tanto?

— ¿Cómo lo sabes, *Vati*? – insistió Margaret sin hacer caso.

— Los peones de la fábrica me informaron. Ellos conocen y quieren mucho a los carpincheros.

— ¿Por qué?

— Porque los peones son como

esclavos en la fábrica. Y los carpincheros son libres en el río. Los carpincheros son como las sombras vagabundas de los esclavos cautivos en el ingenio, en los cañaverales, en las máquinas – Eugen se había ido exaltando poco a poco-. Hombres prisioneros de otros hombres. Los carpincheros son los únicos que andan en libertad. Por eso los peones los quieren y los envidian un poco.

— Ja – dijo solamente la niña, pensativa.

Desde entonces, la fantasía de Margaret quedó totalmente ocupada por los carpincheros. Habían nacido del fuego delante de sus ojos. Las hogueras del agua los habían traído. Y se habían perdido en medio de la noche como fantasmas de cobre, como ingrátidos personajes de humo.

La explicación de su padre no la satisfizo del todo, salvo tal vez en un solo punto: en que los hombres del río eran seres envidiables. Para ella eran además, seres hermosos, adorables.

Torturó su imaginación e inventó una teoría. Les dio un nombre más acorde con su misterioso origen. Los llamó *hombres de la*

luna. Estaba firmemente convencida de que ellos procedían del pálido planeta de la noche por su color, por su silencio, por su extraño destino.

“Los ríos bajan de la luna – se decía–. Si los ríos son camino –concluía fantástica–, es seguro que ellos son los Hombres de la Luna”.

Por un tiempo lo supo ella solamente. Ilse y Eugen quedaron al margen de su secreto.

No hacía mucho que habían arribado al ingenio azucarero de Tebicuary del Guairá. Llegaron directamente desde Alemania, poco después de finalizada la Primera Guerra Mundial.

A ellos, que venían de las ruinas, del hambre, del horror, Tebicuary Costa se les antojó al comienzo un lugar propicio. El río verde, las palmeras de humo bañados por el viento norte, esa fábrica rústica, casi primitiva, los ranchos, los cañaverales amarillos, parecían suspendidos irrealmente en la verberación del sol como en una inmensa telaraña de fiebre polvorienta. Sólo más tarde iban a descubrir todo el horror que encerraba también esa telaraña donde la gente, tiempo, los elementos, estaban presos en su nervadura seca y rojiza

alimentada con la clorofila de la sangre. Pero los Plexnies arribaron al ingenio en un momento de calma relativa. Ellos no querían más que olvidar. Olvidar y recomenzar.

– Este sitio es bueno –dijo Eugen apretando los puños y tragando el aire a bocanadas llenas, el día que llegaron. Más que convicción, había esperanza en su voz, en su gesto.

– Tiene que ser bueno –corroboró simplemente Ilse. Su marchita belleza de campesina bávara estaba manchada de tierra en el rostro, ajada de tenaces recuerdos.

Margaret parecía menos una niña viva que una muñeca de porcelana, menudita, silenciosa, con sus ojos de añil lavado y sus cabellos de lacia plata brillante. Traía su vestido de franela tan sucio como sus zapatos remendados. Llegó aupada en los recios y tatuados brazos de Eugen, de cuya cara huesuda goteaba el sudor sobre las rodillas de su hija.

En los primeros días habitaron un galpón de hierros viejos en los fondos de la fábrica. Comían y dormían entre la ortiga y la herrumbre. Pero el inmigrante alemán era también un excelente mecánico tornero, de

modo que enseguida lo pusieron al frente del taller de reparaciones. La administración les asignó entonces la casa blanca con techo de cinc que estaba situada en ese solitario recodo del río.

En la casa blanca había muerto asesinado el primer testaferro de Simón Bonaví, dueño del ingenio.

– No te de` cuida-ke, don Oiguen. En la` sánima en pena de Eulogio Penayo, el mulato asesinado, ko alguna noche nada por el Oga-Morotí. Nojotro` solemo` oír su lamentación.

Eugen Plexnies no era supersticioso. Tomó la advertencia con un poco de sorna y la transmitió a Ilse, que tampoco lo era. Pero entre los dos se cuidaron muy bien de que Margaret sospechara siquiera el siniestro episodio acacido allí algunos años.

Como si lo intuyera, sin embargo, Margaret al principio, más aún que en el galpón de hierros viejos, se mostraba temerosa y triste. Sobre todo por las tardes, al caer la noche. Los chillidos de los monos en la ribera boscosa la hacían temblar. Corría a refugiarse en los brazos de su madre.

– Están del otro lado, Gretchen –la consolaba Ilse–. No pueden cruzar el río. Son monitos chicos, de felpa, parecidos a juguetes. No hacen daño.

– ¿Y cuando tendré uno? – pedía entonces Margaret, más animada.

Pero siempre tenía miedo y estaba triste. Entonces fue cuando vio a los carpincheros entre las fogatas, la noche de San Juan. Un cambio extraordinario se operó en ella de improviso. Pedía que la llevaran a la alta barranca de piedra caliza que caía abruptamente sobre el agua. Desde allí se divisaba el banco de arena de la orilla opuesta, que cambiaba de color con la caída de la luz. Era un hermoso espectáculo. Pero Margaret se fijaba en las curvas del río. Se veía que aguardaba con ansiedad apenas disimulaba el paso de los carpincheros.

El río se deslizaba suavemente con sus islas de camalotes y sus raigones negros aureolados de espuma. El canto de guaimingüe sonaba en la espesura como una ignota campana sumergida en la selva. Margaret ya no estaba triste ni temerosa. Acabó celebrando con risas y palmoteos el salto plateado de los peces

o las vertiginosas caídas del martín-pescador que se zambullía en busca de su presa. Parecía completamente adaptada al medio, y su secreta impaciencia era tan intensa que se parecía a la felicidad.

Cuando esto sucedió, Eugen dijo con una profunda inflexión en la voz:

– ¿Ves, Ilse? Yo sabía que este lugar es bueno.

– Sí, Eugen; es bueno porque permite reír a nuestra hijita.

En la alta barranca abrazaron y besaron a Margaret, mientras la noche, como un gran pétalo negro cargado de aromas, silencio, luciérnagas, lo devoraba todo menos el espejo tembloroso del agua y el fuego blanco y dormido del arenal.

– ¡Miren, ahora se parece a un *gossier* queso flotando en el agua! –comentó Margaret riéndose. Ilse pensó en los grandes quesos de leche de yegua de su aldea. Eugen, en cierto banco de hielo en que su barco había encallado una noche cerca del Shager-Rak, durante la guerra, persiguiendo a un submarino inglés.

Por la mañana venían las lavanderas. Sus voces y sus golpes subían del fondo de la

barranca. Margaret salía con su madre a verlas trabajar. La lejía manchaba el agua verde con un largo cordón de ceniza que bajaba en la correntada a lo largo de la orilla en la herradura. Enfrente, el banco de arena reverberaba bajo el sol.

Se veía cruzar sobre él la sombra de los pájaros. Una mañana vieron tendido en la playa un yacaré de escamosa cola y lomo dentado.

– ¡Un dragón, mamá...! –gritó Margaret, pero ya no sentía miedo.

– No, *Gretchen*. Es un cocodrilo.

– ¡Que lindo! Parece hecho de piedra y de alga.

Otra vez, un venadito llegó saltando por entre el pajonal hasta muy cerca de la casa. Cuando Margaret corrió hacia él llamándolo, huyo trémulo y flexible, dejando en los ojos celestes de la alemanita un regusto de ternura salvaje, como si hubiera visto saltar por el campo un corazón de hierba dorada, el fugitivo corazón de la selva. Otra vez fue guacamayo de irisado cuerpo granate, pecho índigo y verde, alas azules, larga cola roja y azul y ganchudo pico de cuerno; un arco iris de pluma y ronco granizado posado en la rama de timbó. Otra

vez, una víbora de coral que Eugen mató con el machete entre los yuyos de potrero. Así Margaret fue descubriendo la vida y el peligro en el mundo de hojas, tierno, áspero, insondable, que la rodeaba por todas partes. Empezó a amar su ruido, su color, su ministerio, porque en él percibía además la invisible presencia de los carpincheros.

En las noches de verano, después de cenar, los tres moradores del caserón blanco salían a sentarse en la barranca. Se quedaban allí tomando el fresco hasta que los mosquitos y jejenes se volvían insoportables. Ilse cantaba a media voz canciones de su aldea natal, que el chapoteo de la correntada entre las piedras desdibujada tenuemente o mechaba de hiatos trémulos, como si la voz sonara en canutillos de agua. Eugen, fatigado por el trabajo de taller, se tendía sobre el pasto con las manos debajo de la nuca. Miraba hacia arriba recordando su antiguo y perdido oficio de marino, dejando que la inmensa espiral del cielo verdinegro, cuajado de enruladas virutas brillantes como su torno, se le estancara al fondo de los ojos. Pero no podía anular la preocupación que lo trabajaba sin descanso.

La suerte de los hombres en el ingenio, en cuyos pechos oprimidos se estaba incubando la rebelión. Eugen pensaba en los esclavos del ingenio. La cabecita platinada de Margaret soñaba, en cambio, con los hombres libres del río, con sus fabulosos Hombres de la Luna.

Esperaba cada noche verlos bajar por el río.

Los carpincheros aparecieron dos o tres veces más en el curso de ese año. A la luz de la luna, más que el fulgor de las hogueras, cobraban su verdadera substancia mitológica en el corazón de Margaret.

Una noche desembarcaron en la arena, encendieron pequeñas fogatas para asar su ración de pescado y después de comer se entregaron a una extraña y rítmica danza, al son de un instrumento parecido a un arco pequeño. Una de sus puntas penetraba en un porongo partido por la mitad y forrado en tirante cuero de carpincho. El tocador se pasaba la cuerda del arco por los dientes y le arrancaba un zumbido sordo y profundo como si a cada boqueada vomitara en la percusión el trueno acumulado en su estómago. Tum-tu-tum... Tam-ta-tam... Ta-tam... Tu-tum.. Ta-tam... Tam-ta-tam...

Arcadas de ritmo caliente en la cuerda del gualambau, en el tambor de porongo, en la dentadura del tocador. Sonaban sus costillas, su piel de cobre, su estómago de viento, el porongo parchado de cuero y temblor, con su tuétano de música profunda parecida a la noche del río, que hacía hamacar los pies chatos, los cuerpos de sombra en el humo blanco del arenal.

Tum-tu-tum...Tam-ta-tam...Tu-tum...Ta-tam...Tu-tummmm.

La respiración de Margaret se acompasaba con el zumbido del gualambau. Se sentía atada misteriosamente a ese latido cadencioso encajonado en las barrancas.

Cesó la música. El hilván negro de los cachiveos se puso en movimiento con sus botadores de largas tacuaras que parecían andar sobre el agua, que se más queda, hasta desvanecerse en la tiniebla azul y rayada de luciérnagas.

Los esperaba siempre. Cada vez con impaciencia más desordenada. Siempre sabía cuándo iban a aparecer y se llenaba de una extraña agitación, antes de que el primer

cachiveo bordeara el recodo a lo lejos, en el hondo cauce del río.

– ¡Ahí vienen! –la vocecita de Margaret surgía rota por la emoción.

El canturreo gangoso o el silencio de Ilse se interrumpían. Eugen se incorporaba asustado.

– ¿Cómo lo sabes, *Gretchen*?

– No sé. Los siento venir. Son los Hombres de la Luna... de la Luna...

Era infalible. Un rato después, los cachiveos pasaban peinando la caballera de cometa verde del río. El corazón le palpitaba fuertemente a Margaret. Sus ojitos encandilados rodaban en las estelas de seda líquida hasta que el último de los cachiveos desaparecía en el otro recodo detrás del brillo espectral del banco de arena roído por los pequeños cráteres de sombra.

En esas noches, la pequeña Margaret hubiera querido quedarse en la barranca hasta el amanecer porque los sigilos vagabundos del río podían volver a remontar la corriente en cualquier momento.

– ¡No quiero ir a dormir... no quiero entrar todavía! ¡No me gusta la casa blanca! ¡Quiero quedarme aquí..., aquí! –gimoteaba.

La última vez se aferró a los hierbajos de la barranca. Tuvieron literalmente que arrancarla de allí. Entonces Margaret sufrió un feo ataque de nervios que la hizo llorar y retorcerse convulsivamente durante toda la noche. Sólo la claridad del alba la pudo calmar. Después durmió casi veinticuatro horas con un sueño inerte, pesado.

– El espectáculo de los carpincheros – dijo Ilse a su marido –está enfermo a Margaret.

– No saldremos más a la barranca – decidió él, sordamente preocupado.

– Será mejor, Eugen –convino Ilse.

Margaret no volvió a ver a los Hombres de la Luna en los meses que siguieron. Una noche los oyó pasar en la garganta del río. Ya estaba acostada en su catrecito. Lloró en el silencio, contenidamente. Temía que su llanto la delatara. El ladrido de los perros se apagó en la noche profunda, el tenue rumor de los cachiveos arañados de olitas fosfóricas. Margaret los tenía delante de los ojos. Se cubrió la cabeza con las cobijas. De pronto dejó de

llorar y se sintió extrañamente tranquila porque en un esfuerzo de imaginación se vio viajando con los carpincheros, sentadita, inmóvil, en uno de los cachiveos. Se durmió pensando en ellos y soñó con ellos, con su vida nómada y bravía deslizándose sin término por callejones de agua en la selva.

Con el día su pena recomenzó. Nada peor que la prohibición de salir a la barranca podía haberle sucedido. Volvió a ser triste y silenciosa. Andaba por la casa como una sombra, humillada y huraña. Llegó a detestar en secreto todo lo que la rodeaba: el ingenio en que trabajaba su padre, el sitio sombrío que habitaban, la vivienda de paredes encaladas y ruinosas, su pieza, cuya ventana daba hacia la barranca, pero a través de la cual no podía divisar a sus deidades acuáticas cuando ella sola escuchaba en la noche el roce de los cachiveos sobre el río.

A pesar de todo, Margaret fue mejorando lentamente, hasta que ella misma creyó que había olvidado a los Hombres de la Luna. La casa blanca pareció reflotar con la dicha plácida de sus tres moradores como un témpano tibio en la noche del trópico.

Para celebrarlo, Eugen agregó otro tatuaje a los que ya tenía en su pellejo de ex marino. En el los que ya tenía en su pellejo de ex marino. En el pecho, sobre el corazón, junto a dos anclas en cruz, dibujó con tinta azul el rostro de Margaret. Salió bastante parecido.

–Ya no te podrás borrar de aquí, *Gretchen*.

Tengo tu foto bajo la piel.

Ella reía feliz y abrazaba cariñosa al papito.

Así llegó otra vez la noche de San Juan. La noche de las fogatas sobre el agua.

Eugen, Ilse y Margaret se hallaban cenando en la cocina cuando los primeros islotes incandescentes empezaban a bajar por el río. El errabundo fulgor que subía de la garganta rocosa les doró el rostro. Se miraron los tres, serios, indeciso, reflexivos. Eugen por fin sonrió y dijo:

– Sí, *Gretchen*. Esta noche iremos a la barranca a ver pasar las hogueras.

En ese mismo momento llegó hasta ellos el aullido de un animal, mezclado al grito angustioso de un hombre. El aullido salvaje

volvió a oírse con un timbre metálico indescriptible: se parecía al maullido de un gato rabioso, a una uña de acero rasgando súbitamente una hoja de vidrio.

Salieron corriendo los tres hacia la barranca. Al resplandor de las fogatas vieron sobre el arenal a un carpinchero luchando contra un bulto alargado y flexible que daba saltos prodigiosos como una bola de plata peluda disparada en el espiral a su alrededor.

– ¡Es un tigre del agua! –murmuró Eugen, horrorizado.

– ¡*Mein gott!* –gimió Ilse.

El carpinchero lanzaba desesperados machetazos a diestro y siniestro, pero el lobo-pe, rápido como luz, tornaba inofensivo el vuelo decapitador del machete.

Los otros carpincheros estaban desembarcando ya también en el arenal, pero era evidente que no conseguirían llegar a tiempo para acollar y liquidar entre todos a la fiera. Se oían las lamentaciones de las mujeres, los gritos de coraje de los hombres, el jadeante ladrar de los perros.

El duelo tremendo duró poco, contados segundos a lo más. El carpinchero tenía ya un

canal sangriento desde la nuez hasta la boca del estómago. El lobo-pe seguía saltando a su alrededor con agilidad increíble. Se veía su lustrosa pelambre manchada por la sangre del carpinchero. Ahora era un bulto rojizo, un tizón alado de larga cola nebulosa, cimbrándose a un lado y otro en sus furiosas acometidas, tejiendo su danza mortal en torno al hombre oscuro. Una vez más saltó a su garganta y quedó pegado a su pecho porque el cerrarse sobre él hundiéndole el machete en el lomo hasta el mango, de tal modo que la hoja debió hincarse en su pecho como un clavo que los fundía a los dos. El grito de muerte del hombre y el alarido metálico de la fiera rayaron juntos al tímpano del río. Juntos empezaron a chorrear los borbotones de sus sangres. Por segundo más, el carpinchero y el lobo-pe quedaron erguidos en ese extraño abrazo como si simplemente hubieran estado acariciándose en una amistad profunda, doméstica, comprensiva. Luego se desplomaron pesadamente, uno encima de otro, sobre la arena, entre los destellos oscilantes. Después de algunos instantes el animal quedó inerte. Los brazos y las piernas del hombre aún se movían en un ansia crispada de vivir. Un

carpinchero desclavó de un tirón al lobo-pe del pecho del hombre, lo degolló y arrojó al río con furia su cabeza de agudo hocico y atroces colmillos. Los demás empezaron a rodear al moribundo.

Ilse tenía el rostro cubierto con las manos. El espanto estrangulaba sus gemidos. Eugen estaba rígido y pálido con los puños hundidos en el vientre. Solo Margaret había contemplado la lucha con expresión impassible y ausente. Sus ojos secos y brillantes miraban hacia abajo con absoluta fijeza en la inmovilidad de la inconsciencia o el vértigo. Solamente el ritmo de su respiración era más agitado. Por un misterioso pacto con las deidades del río, el horror la había respetado. En el talud calizo iluminado por las fogatas que bogaban a la deriva, ella misma era una pequeña deidad casi incorpórea, irreal.

Los carpincheros parecían no saber qué hacer. Algunos de ellos levantaron sus caras hacia la casa de los Plexnies y la señalaron con gestos y palabras ininteligibles. Era la única vivienda en esos parajes desiertos. Deliberaron. Por fin se decidieron. Cargaron al herido y lo pusieron en un cachiveo. Toda la flotilla cruzó

el río. Volvieron a desembarcar y treparon por la barranca.

Margaret, inmóvil, veía subir hacia ella, cada vez más próximos, a los Hombres de la Luna. Veía subir sus rostros oscuros y aindiados. Los ojos chicos bajo el caballo hirsuto y duro como crin negra. En cada ojo había una hoguera chica. Venían subiendo las caras angulosas con pómulos de piedra verde, los torsos cobrizos y sarmentosos, las manos inmensas, los pies córneos y chatos. En medio subía el muerto que ya era de tierra. Detrás subían las mujeres harapientas, flacas y tetadas. Subían, trepaban, reptaban hacia arriba como sombras pegadas a la resplandeciente barranca. Con ellos subían las chispas de las fogatas, subían voces guturales, el llanto de iguana herida de alguna mujer, subían ladridos de los que iban brotando los perros, subía un hedor de plantas acuáticas, de pescados podridos, de catinga de carpincho, de sudor...

Subían, subían...

– ¡Vamos, Gretchen!

Ilse la arrastró de las manos.

Eugen trajo el farol de la cocina cuando los carpincheros llegaron a la casa. Sacó al

corredor un catre de trama de cuero y ordenó con gestos que lo pusieran en él. Después salió corriendo hacia la enfermería para ver si aún podía traer algún auxilio a la víctima. Ya desde el alambrado gritó:

– ¡Vuelvo enseguida, Ilse! ¡Prepara agua caliente y recipientes limpios!

Ilse va a la cocina, mareada, asustada. Se le escucha manejarse a ciegas en la penumbra roja. Suenan cacharros sobre la hornalla.

El destello humoso del farol arroja contra las paredes las sombras movedizas de los carpincheros inmóviles, silenciosos, hasta el llanto de iguana ha cesado. Se oye gotear la sangre en el suelo. A través de los cuerpos coriáceos, Margaret ve el pie enorme del carpinchero tendido en el catre. Se acerca un poco más. Ahora ve el otro pie. Son como dos chapas callosas, sin dedos casi, sin talón, cruzados por las hondas hendiduras de roldana que el borde filoso del cachiveo ha cavado allí en leguas y leguas, en años y años de un vagabundo destino por los callejones fluviales. Margaret piensa que esos pies ya no andarán sobre el agua y se llena de tristeza. Cierra los ojos. Ve el río cabrilleante, como tatuado de

luciérnagas. El olor almizclado, el recio aroma montaraz de los carpincheros ha henchido la casa, lucha contra la tenebrosa presencia de la muerte, alza en vilo el pequeño, el liviano corazón de Margaret. Lo aspira con ansias. Es el olor salvaje de la libertad y de la vida. De la memoria de Margaret se están borrando en este momento muchas cosas. Su voluntad se endurece en torno a un pensamiento fijo y tenso que siente crecer dentro de ella. Ese sentimiento la empuja. Se acerca a un carpinchero alto y viejo, el más viejo de todos, tal vez el jefe. Su mano se tiende hacia la gran mano oscura y queda asida a ella como una diminuta mariposa blanca posada en una piedra del río. Las hogueras siguen bajando sobre el agua. La sangre gotea sobre el piso. Los carpincheros van saliendo. Durante un momento sus pies callosos raspan la tierra del patio rumbo a la barranca con un rasguito de carapachosjveloces y rítmicos. Se van alejando. Cesa el rumor. Vuelve a oírse el desagüe del muerto solo, abandonado en el corredor. No hay nadie.

Ilse sale de la cocina. El miedo, el pavor, el terror, la paralizan por un instante como un baño de cal viva que agrietada sus carnes y le

quema hasta la voz. Después llama con un grito blanco, desleído, que se estrella en vano contra las paredes blancas y agrietadas:

– ¡Margaret..., *Gretchen*...!

Corre hacia la barranca. El hilván de los cachiveos está doblando el codo entre las fogatas. Los destellos muestran todavía por un momento, antes de perderse en las tinieblas, los cabellos de leche de Margaret. Va como una luna chica en uno de los cachiveos negros.

– ¡*Gretchen*..., *mein herzchen*...!

Ilse vuelve corriendo a la casa. Un resto de instintiva esperanza la arrastra. Tal vez; tal vez no se ha ido.

– ¡*Gretchen*..., *Gretchen*...! – su grito agrio y seco tiene ya la desmemoriada insistencia de la locura.

Llega en el momento en que el carpinchero muerto se levanta de catre convertido en un mulato gigantesco. La oye reír y llorar. Lo ve andar como un ciego, golpeándose contra las paredes. Busca una salida. No la encuentra. La muerte tal vez lo acorralla tapia. Suena su risa. Suenan sus huesos contra la tapia. Suena su llanto quejumbroso.

Ilse huye, huye de nuevo hacía el río, hacia el talud. Las hogueras rojas bajan por el agua.

– ¡*Gretchen...*, *Gretchen...*!

Un trueno sordo le responde ahora. Surge del río, llena toda la caja acústica del río ardiendo bajo el cielo negro. Es el gualambau de los carpincheros. Ilse se aproxima imantada por ese latido siniestro que llena ahora toda la noche. Dentro de él está *Gretchen*, dentro de él tiembla el pequeño corazón de su *Gretchen*...

Mira hacia abajo desde la barranca. Ve muchos cuerpos, los cuerpos sin cara de muchas sombras que se han reunido a danzar en el arenal al compás del tambor de porongo.

Tum-tu-tum... Tam-ta-tam... Ta-tam...
Tu-tum... Tam-ta-tam...

Se hamacan los pies chatos y los cuerpos de sombra entre el humo blanco del arenal.

Dientes inmensos de tierra, de fuego, de viento, mascan la cuerda de agua del gualambau y le hacen vomitar sus arcadas de trueno caliente sobre la sien de harina de Ilse.

Tum-tu-tum... Tam-ta-tam... Tum-tu-tummm...

En el tambor de porongo el redoble rítmico y sordo se va apagando poco a poco, se van haciendo cada vez más lento y tenue, lento y tenue. El último se oye apenas como una gota de sangre cayendo sobre el suelo.

El país donde los niños no querían nacer

Desde un acantilado, entre las derruidas murallas, el niño divisó en lo hondo del valle una ciudad que parecía dormida en la niebla. Apantalló las manos sobre los ojos para ver mejor. Pero esa especie de niebla lo esfumaba todo.

No es noche ni día en este lugar, se dijo tal vez el niño. O acaso la noche se había juntado con el día. Era como si la luz se hubiera quemado y transformado en esas tiniebla blanca, que parecía mostrar borrosamente las cosas del revés, semejante a un inmenso espejo de cristal y humo posado sobre la ciudad.

El niño se encogió de hombros y bajó al valle. Era un niño de edad indecisa. Podía tener cinco años o diez. Quizás más, o tal vez menos. Pero lo que se notaba de inmediato era que no había leído nunca un libro de relatos de aventuras. Se comportaba él mismo como un personaje de esos relatos. Daba igual que no supiera leer ni siquiera hablar. Tenía los cabellos largos y enmarañados y estaba

completamente desnudo. Sucio de lodo seco, su color era indefinible. Pero no demostraba sentir frío ni calor. Tampoco el miedo, el hambre o la sed que sufren los niños después de haber andado mucho. Sobre todo cuando llegan a un lugar desconocido. Y ése era un lugar bien extraño. Uno de esos lugares que dan la impresión de haberse llevado su lugar a otro lugar dejando otro falso en su lugar.

De tanto en tanto, el niño se detenía a escuchar. Pero no oía gritos de pastores ni balidos de corderos, ovejas o cabras. Menos aún el piar de pájaros. Ninguna voz humana o animal, ni siquiera el siseo de los insectos. Salvo que la niebla también le hubiese taponado los oídos. Se escarbó las orejas con los meñiques mientras continuaba bajando entre los zarzales, las rocas y los escombros ennegrecidos de muralla. Se frotó los párpados cubiertos por el hollín blancuzco y trató de orientarse en dirección a la torre de la iglesia que a lo lejos descabezada.

Entró en la ciudad por el lado en que la niebla era menos espesa. Y entonces descubrió que la ciudad era muy antigua, de callejuelas

estrechas y edificios vetustos que se caían a pedazos.

No vio a nadie. Nadie salió a su encuentro. El niño sintió otra vez allí, con más fuerza, que en esa niebla quieta y cenicienta estaban mezclados el día y la noche. Los ojos del niño eran muy vivos y expresivos. Dejaban transparentar sus pensamientos. Lo mismo esa manera muy especial que tenía de arrugar la nariz como los cervatillos jóvenes. Cogió un puñado de niebla y la estrujó a la altura de los ojos. Algo chispeó débilmente entre sus dedos. Iba a continuar su camino cuando sintió que algo le cogía de un brazo. Se estremeció un poco bajo la presión de los dedos largos y flacos, y un poco más cuando oyó a sus espaldas una voz cascada que le preguntaba:

– ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

El niño giró y vio a una mujer horriblemente vieja, doblada por la mitad y apoyada en un bastón. De su cuerpo sólo colgaban arrugas y harapos. Acercó aún más su cara esquelética a la del niño como espiándole y husmeándole con una incontenible ansiedad.

– ¿De dónde vienes? –volvió a preguntar– ¿Cómo te llamas?

El niño no contestó. Tampoco hizo algún intento de huir. Miró a la anciana. No pudo verle los ojos hundidos entre las arrugas. De su boca no salió ningún sonido, pero algo en él que no era voz, ni gesto, ni ninguna especie de lenguaje conocido, pareció responder a la anciana, imperceptiblemente.

–Hablas como los ventrílocuos
–dijo la vieja con acritud. Así que no eres nadie puesto que no tienes nombre. Te llamaré entonces den Nadie. ¿Te parece bien?

El niño volvió a encogerse de hombros.

–O mejor, don Nada. ¿Eh? ¡El gallardo caballero don Nada! Al fin y al cabo, desde que pasó aquello, en este país los niños no fueron nunca más nadie ni nada. De seguro tú eres uno de su descendencia. Hablas como dicen que aquellos niños hablaban en el vientre de sus madres. De seguro alguna mujer, grávida de alguno de tus antepasados, huyó de esta ciudad cuando reinaron el odio y el terror. Huyó, como muchas, para que su hijo naciera en tierras de paz. Hubo barcos repletos de gente, de mujeres encintas. Barcos a la deriva por el mar trataban de escapar del terror. ¿Has vuelto en busca de la tierra natal de tus abuelos?

– El niño movió negativamente la cabeza. La vieja le pasó la mano por la cara.

–Es cierto. No te cuelga de la nariz la argolla de los hijos de los esclavos. Y tus cabellos son finos como las barbas del choclo.

Siguieron andando por una callejuela. El niño entrevió algunas sombras en el destruido interior de los edificios. Tendió la mano hacia ellos.

– ¿Esa gente? –dijo la anciana–. Quedan pocos ya. Sólo esperan morirse del todo.

La vieja centenaria, encorvada hacia el suelo, llegaba apenas a la altura del niño. Sin soltarle el brazo caminaba más rápida que él. Lo arrastraba casi. Ligera, sin peso, también ella parecía flotar en la niebla. Desembocaron en una ancha plaza rodeada de escalinatas y columnas de mármol rotas, semejante a un inmenso anfiteatro.

– Pues sí, mi pequeño y silencioso Nada– continuó diciendo la anciana–. Hace mucho, muchísimo tiempo, un tiempo del cual no se acuerdan ya ni las estrellas, éste fue un país rico. El más poderoso del mundo. Era el centro del mundo puesto que dominaba todo el mundo y los reyes de todo el mundo venían en

caravanas de elefantes y camellos a rendir honores y vasallaje a nuestro emperador. Llegaban todos los años al comienzo de la primavera, aunque aquí todo el tiempo era primavera. Venían a pagarle tributos en oro, en piedras y metales preciosos, en las especies más afamadas y raras de sus respectivos países. El emperador se sentaba en una balanza de oro que tenía la forma de un trono. En el otro plato, que era como un ala inmensa del trono, los esclavos volcaban de los cofres de sándalo las materias preciosas hasta que las agujas del fiel hacían sonar una campana marcando el peso justo, que era el doble del peso del emperador. Así se acumularon aquí todas las riquezas del universo. ¡Ah, este país era el Cuerno de la Abundancia! Más rico que Jauja. La Isla del Tesoro con la que soñaban los niños y los piratas de lejanos países y mares. El País de las Maravillas con espejos de doble fondo y todo lo demás. Había regiones pobladas por enanos del tamaño de un pulgar y por gigantes de talla diez veces más altas que los más altos pinos y cedros. Había jardines, lagos, florestas, bosques y prados naturales llenos de mariposas que parecían pedazos del espejo roto del arcoiris

después de las lluvias. Había también aves de voz humana y plumaje resplandeciente. El sol brillaba todo el día hasta la medianoche. Pero desde la medianoche comenzaba a brillar de nuevo el alba. De modo que nunca había oscuridad. Se vivía como en una perpetua aurora boreal. Así el sol no se ponía nunca en los dominios de nuestro emperador, decían los cronistas aduladores, aun cuando eso fuera verdad. Por lo que en todo el mundo era llamado el Rey Sol. Pero eso era antes. Después creció el desierto por todas partes.

El niño se había adelantado un poco sin hacer mucho caso de los graznidos de la vieja. Iba entreteniéndose con el chispear de la niebla, que frotaba entre los dedos. Se pasaba luego las manos por la cara, por los largos cabellos, por el lodo seco que cubría su piel. Todo él comenzaba a brillar como una escultura encendida por dentro.

La anciana le alcanzó correteando en tres patas con saltitos de avefría.

– ¡Espera!... –dijo la anciana tosiendo sofocada–. No te apures. Tú vienes del futuro. Por lo menos tienes el futuro por delante. Debes ver y saber cómo fue todo esto en el pasado

para que lo malo no se repita y lo bueno sea doblemente bueno. No tienes todavía memoria... y la mía no va a tardar en morir conmigo. Estas historias verdaderas no figuran sino con alusiones indirectas en los libros sagrados de la humanidad que son libros que escriben los pueblos. Pero tampoco aparecen en toda la novelería que los particulares escribieron después. Una especie de vergüenza y de horror pesa sobre estos hechos. ¡Bah... como si no se repitieran todos los días y en todas partes!

El niño se detuvo contemplando las ruinas de lo que debió ser el palacio real situado en la parte más alta de la ciudad. Se volvió hacia la anciana.

– Sí –respondió la anciana–. Allí vivió el emperador. No tenía esposa ni hijos. Y él mismo era el último de una larga dinastía de reyes que había construido el imperio en guerras de conquista que duraron mil años. Siempre adusto y solitario, en medio de la muchedumbre de chambelanes, generales, funcionarios y servidores, el emperador pasaba sin verlos. No hablaba con nadie. A nadie dirigía la palabra, salvo para dar órdenes que

debían ser cumplidas en el acto. Y ¡guay! del que no las entendiera o las desobedeciera. También en el acto era decapitado. Por lo que nuestro Rey Sol era muy temido. No sólo en la Corte, por la muchedumbre de chambelanes, generales, funcionarios y servidores que giraban como oscuros planetas en torno al imperio del Rey Sol.

Nuestro emperador no se satisfacía con nada. Era terriblemente ambicioso y cruel. Los súbditos murmuraban que él deslumbraba por fuera como verdadero Rey Sol, pero que llevaba por dentro la oscuridad. Y eso también era verdad. Un secreto público que nadie se animaba a comentar en voz alta. El miedo tapiaba las bocas y ponía a oscuras las cabezas.

No se sabía nunca qué es lo que pensaba y haría el emperador cuando estaba silencioso y rígido como una momia. Al instante siguiente caía como el rayo, lo mismo sobre una mosca que sobre un ejército o un reino.

El Rey Sol era toda la luz del imperio. Y la luz, tú sabes, hace ver las cosas pero es invisible ella misma. Nadie puede alegar que ha visto la luz. Nadie tampoco ha podido ver el color de la oscuridad al destello de una vela. En

realidad de verdad, nadie vio al emperador antes ni después de muerto. Tenía varios sosías y eran éstos los que aparecían en los actos oficiales mientras él permanecía oculto en su cámara observando a través de un ojo telescópico todo lo que pasaba en el exterior. Hubo varios atentados. El emperador caía apuñalado o acribillado por las balas. Al día siguiente, sin huellas de heridas, aparecía de nuevo en el trono. Esto aumentó su terrible autoridad. Cobró fama de inmortal.

La vieja se posó sobre una piedra y cuando ya parecía haberlo dicho todo, continuó: —Los servicios de espionaje del emperador le informaron que el principito de un reino lejano se había rebelado contra el regente, su tío. Este había asesinado al rey, su padre, y había usurpado el trono. El principito no tendría más edad que la tuya, pero era muy decidido y valiente. Amaba tiernamente a su padre. Nada le consolaba de su muerte. Agravaba sobre todo su congoja el hecho de que su propia madre, seducida por el asesino y usurpador, se le uniera en nupcias poco después de los funerales.

El fantasma de su padre se le apareció varias veces revelándole cómo su hermano le

había dado muerte mientras dormía vertiendo beleño en sus oídos. El fantasma le incitó y convocó a la venganza. El príncipe no dudó más. Se puso a la cabeza de la insurrección. Destronó al usurpador y le condenó a muerte. El pueblo declaró al principito héroe nacional y le reconoció como a su profeta.

Al saber esto, nuestro emperador envió un ejército al mando de sus mejores generales contra el reino convulsionado. Comisionó también a uno de sus chambelanes para que tomara posesión del país como virrey. Llevaba órdenes perentorias de ejecutar al príncipe rebelde apenas cayera prisionero. Temía que estos disturbios sirvieran de peligroso ejemplo para el resto del vasto imperio. El ejército invasor aplastó la rebelión, pero no pudo capturar al principito. El pueblo le escondió y protegió, y ni las persecuciones ni las torturas colectivas más atroces lograron revelar su paradero.

Ciego de cólera, el emperador ordenó entonces que todas las criaturas del reino fueran pasadas a degüello. Desde los recién nacidos hasta los que tuvieran diez años, la edad del

príncipe. Acaso la tuya también en este momento...

La anciana se detuvo con la cabeza caída sobre el pecho.

Por primera vez inquieto, como contagiado por la ansiedad de la anciana, el niño estaba pendiente de ella. Tras un largo suspiro, el graznido de pronto humanizado recommenzó: La horrorosa masacre no sirvió sino para desatar más guerras y rebeliones que destruyeron la unidad del imperio y se volvieron contra el imperio mismo.

La sombra del pequeño príncipe comenzó a aparecer en todas partes formando su leyenda. El emperador ordenó nuevos degüellos de niños en los países sediciosos más activos y ofreció una cuantiosa recompensa por la captura del príncipe guerrero y profeta. Uno de sus más próximos lugartenientes cedió a la tentación. Traicionó y entregó al príncipe. Le crucificaron y, por orden del emperador, la cruz y la pequeña víctima fueron paseadas por todo el imperio en medio de triunfales festejos. Luego la cruz fue izada en mitad de ese anfiteatro. Allí quedó hasta que los cuervos acabaron en devorar el pequeño cuerpo. ¡Tal fue la cantidad

de cuervos, mi Dios, que vinieron a cebarse en él! Durante tres días ennegrecieron el cielo. Desde entonces no volvió a salir el sol.

El pequeño príncipe es inmenso como un Dios, empezó a decir la gente alzando los ojos hacia el cielo enlutado. Vivo, decían, llenó toda la tierra. Muerto, no cabe en el cielo.

En cierto modo y por figura de la mente, también eso era verdad. El emperador duplicó su guardia pretoriana. Mandó construir murallas en torno a la capital del imperio y otro muro de piedra de cien codos de espesor y diez de altura alrededor del palacio real.

Por un tiempo apreció que las rebeliones habían sido conjuradas. Y aunque el sol no volvió a iluminar el país, la paz volvió a reinar en él. Una paz pesada y oscura como si la nube de cuervos no se hubiera retirado aún de lo alto.

“Pero entonces ocurrió aquello...”.

El niño miraba fijamente a la anciana. Todo su cuerpo ardía en una pregunta.

– Sí... Aquello fue peor que todas las desgracias juntas- balbuceó la anciana.

Ocurrió que los niños del país se negaron a nacer...

El niño arrugó incrédulo el ceño.

– ¿Cómo que por qué?... ¡Pues porque los niños por nacer decretaron una huelga de nacimientos. Así de simple fue aquello!

Simple y extraño. También, si se quiere, lo más natural del mundo. Después de todo lo que había pasado. Esa nueva especie de rebelión enfrentaba el terror del modo más imprevisto e increíble. No era que los fetos se hubieran vuelto locos de repente o más sabios que los doctores del templo. Era como si los niños reflexionaran en el vientre de sus madres: “Ya que la vida es peor que la muerte, ¿a qué vamos a nacer? ¿O que nos dejen vivir para que nos regordeemos desde el primer parpadeo con el espectáculo de matanzas, de horrores, de miserias sin fin, de la infinita estupidez y crueldad del hombre?”.

Una parturienta oyó, en sueños, que su hijo clamaba entre vagidos terribles: “¡Si existe el infierno... el infierno esta allí... al salir!...”. Y al despertarse, la parturienta no encontró la menor huella de su gravidez, ni el embrión hablador.

La vieja estaba ya al límite de sus fuerzas. Había empequeñecido mucho pues

toda ella estaba encogida sobre sí misma en posición fetal en el hoyo de la piedra.

—Claro... murmuraciones de la gente... - jadeó de nuevo la anciana-. ¡A quién se le ocurre que los nonatos iban a reflexionar y a quejarse de su suerte que ni siquiera había comenzado aún!

Lo cierto es que la huelga de nacimientos se propagó. No nacían más niños. En ninguna parte, las mujeres encintas veían combarse y crecer sus vientres durante nueve lunas. Pero al llegar a los nueve meses de gravidez, el globo maternal se desinflaba. Las caderas y los vientres volvían a quedar planos como antes. Los senos henchidos que ningún crío iba a chupar hasta hartarse, goteaban inútilmente su preciosa leche irrepetible... Los Críos huelguistas se habían mandado mudar al otro limbo, ése que dicen que existe entre el purgatorio y el infierno. O tal vez al País-del-Nunca-Jamás. Las madres quedaban frustradas para siempre. Y los hombres andaban con la cabeza gacha buscando por el suelo la dignidad que se les había perdido.

Lo extraño fue también que el emperador no veía con malos ojos la creciente huelga de

nacimientos. Los portavoces oficiales celebraban el fenómeno natural. Trataban de explicar al pueblo que había venido a dar razón al emperador y a culminar su obra de salvación pública extirpando de raíz el mal en esos niños que se convertían en rebeldes, regicidas, revolucionarios y delincuentes comunes a tan temprana edad. En vista de que la natalidad ya no producía el menor gasto al fisco, el emperador duplicó las pensiones y los servicios de salud pública a favor de la ancianidad.

El país se fue llenando de ancianos. Envejecíamos doblemente porque nos veíamos envejecer los unos en los otros. Y nada es más triste y tenebroso que el mundo de los viejos, llenos de pavor ante la muerte. Como si la muerte doliera y el cuerpo siguiera doliendo después de la muerte en casa partícula de hueso o de ceniza. Y ya se quejaban a gritos de esa muerte después de la muerte, más dolorosa que la vida y que no acabaría de morir del todo.

Esto no impedía sino que estimulaba las malas indicaciones de los viejos. Viejecitos pícaros y astutos en su mayor parte. Oliendo a orines y rechinando su reumatismo se pasaban todo el santo día en el mercado negro traficando

sus pensiones. Lo que creó la industria de las dobles o triples actas falsas de defunción. Y el último que quedó, que sería el verdadero emperador, mostró por fin una escamosa cara de serpiente.

De aquella antigua gente sólo sobrevivimos siete. Yo, la tataranieta de un esclavo del emperador, mandado degollar por porque logró hacerme escapar de la degollación de los inocentes, soy la más joven de los siete y ya no me acuerdo de mi edad.

Ha sonado para nosotros también la hora de los plazos mortales. Has venido a recoger nuestro último suspiro. Muero feliz, mi querido Nada, porque he podido la historia de nuestro pueblo. Vosotros haréis la historia del futuro.

El niño arrugó otra vez la nariz.

–Vosotros... porque seréis dos. Ya pronto lo sabrás. Pero antes, un último pedido. Cuando ya haya muerto, déjame en este hoyo. Ponme una piedra encima y no te ocupes más de mí. Sube luego hacia el lado norte de la colina. Encontrarás ahí el Primer Jardín que el desierto guardó por mil años. Alguien te está esperando allí, al pie del llamado Árbol del Bien y del Mal. No es más que un vulgar

manzano pero es fama que sus frutos alimentan la verdad y la vida. Allí la encontrarás a ella. ¿A quién? Ya lo sabrás...

En el mismo momento en que tú, silencioso Nada, bajabas a la ciudad, un niña llamada Ave, venía a tu encuentro del otro lado de la ciudad o del mundo. Lo mismo da. Se recordarán y reconocerán. Moverán de nuevo la rueda del mundo. Pero antes debe matar a la serpiente que tiene siete lenguas y siete colmillos llenos de ponzoña. Y acuérdate... se el pez por la boca muere, la serpiente por la boca mata...

La viejecita desapareció en el hoyo. El niño hizo con pena lo que ella le había ordenado. Corrió una piedra y lo tapó. Quedó un rato en silencio. Luego subió corriendo la colina que parecía un bello seno redondo bajo el sol que comenzaba de nuevo a brillar. La naturaleza entera participaba en la renovación de las plantas, de los animales, de los jardines. El desierto cedió paso también a los antiguos lagos y florestas, a los bosques y prados. Nubes de mariposas venían a devolver los pedazos rotos del arco iris y lo armaron y dejaron intacto del otro lado de las lluvias.

El niño Nada y la niña Ave se encontraron bajo el manzano. El único vestigio de la época oscura era esa serpiente viciosa que reptaba hacia ellos. De un salto. Nada le machacó la cabeza con una piedra grande. Su furia sonriente no cesó hasta que la hizo papilla.

Ave, subida en el árbol, arrancaba una manzana. Nada trepó ágilmente hacia ella. Se dijeron sus nombres mientras mordían en sabrosos fruto y encontraron que los nombres de cada uno, a la inversa, eran sus verdaderos nombres. Los nombres que el espejo de la niebla había mantenido ocultos del revés hacía tanto tiempo.

Rieron de alegría. Se tomaron las manos y sintieron de pronto que todo lo que manchaba de misterioso y maldito ese lugar había desaparecido bajo el resplandor de ese sol que siempre da una segunda oportunidad a los que se aman sobre la tierra.

De tan vivos y ardientes, los rayos del sol ocultaron en una oscuridad visible a los niños, en medio del follaje.

Cuando un pájaro entierra sus plumas

– ¡Ay muerte, por qué no me llevas! – se quejaba tía Jobiana, mi madrina, mientras ponía sus ollitas de barro al sereno, las noches en que el arco de la luna nueva apuntaba hacia el cerro.

Su voz llega hasta mí, borrosa al comienzo; hace salir poco a poco su figura de la desmemoria. Siento que voy a poder tocarla con las manos, acurrucarme de nuevo contra sus rodillas callosas de tanto hincarse para rezar. La oigo murmurar las cosas que sabe, que ella ha olvidado que sabe. Y si vuelco la cabeza hacia arriba la veo amodorrarse en esas palabras que salen de ella, que le vienen de cualquier parte y que, apenas dichas, vuelven a caer para adentro o se pagan en un soplo asmático.

– ¿Por qué sufre tanto? –le pregunto, rascándome la nuca contra el espolón de su rodilla.

Sin oírme murmurar: “Mis gemidos son mi pan”. Es lo que dice siempre; pero se lo dice

así misma como si la repetición de estas palabras la tranquilizara.

– Entonces vive bien alimentada –agarro y le digo faltándole adrede al respecto a ver si se enoja y vuelve al mundo de los vivos. Pero tampoco me escucha. Sigue desahogándose a solas, entre el humo del farol que apenas da luz y el zumbir de los mosquitos. “Todo lo que temo me sucede... –susurra–. Y mi dolor no se calma por más que hable, ni tampoco me dejará si callo...” Su voz queda a medio camino entre la oscuridad casi blanca de luna y la negrura de su boca desdentada, entre el silencio y la palabra. Se ha hincado otra vez. Entonces sé que está rezando a ese Dios *no sabido* más que por ella, ese “Dios de sus llagas”. A rato se enoja con él y de repente le alza la voz como a un su igual hasta hacerle bajar la cabeza. ¡Pobre mi madrina! “En mis días vivo trato de mis años”, la oigo farfullar, arrancándose a manotones los mosquitos de la cara. Más claramente la escucho cuando froto con los dedos, bajo la camisa, la bolsita del amuleto que ella misma me colgó al cuello durante la peste. Como si no hubiera pasado el tiempo sobre este cuerpo mío baldado hasta la mitad.

–No sufra más –le digo ayudándola a ponerse de pie, a sentarse en la mecedora. Le acuno despacio para calmarla–. Usted cura a los otros. ¿Por qué no se cura usted misma o deja que los otros se mueran también?

– Porque hasta el morir todo es vivir, Juan de Dios –susurra entre los quejidos del mimbre, que han reemplazado a los suyos, mientras la hamaco–. Y hay que aguantar. Hay que tener esperanza. Voluntad es vida y muerte es enojo –agrega con una voz que no es la suya.

– Pero usted quiere morirse –le zumbo muy cerca de la oreja.

– Porque la muerte es buena cuando la vida claramente es mala –refraneas sin mucho convencimiento. Se ha quedado escuchando la noche, pensando de seguro en las cosas que nunca tuvo, que tampoco ella entiende.

El pelo blanco, un hervor de leche enmarcándole la cara huesuda y cobriza; hediendo un poco a los humores de su cuerpo, a sus cocimientos de hierbas. Con un gesto me pide su libro destripado que echa su fleco de páginas pegadas y zurcidas y hasta hojas de cuaderno garrapateadas con recetas y oraciones. Todo es yuyo opilativo, suele decir; la cosa es

saber el punto. Aunque cada vez sabe menos y las manos ya no responden a la memoria de la costumbre. Le arrimo el lampión humoso, los anteojos remendados con alambre. Pero ella ya no lee; todo se le va en tocar el libro, sobarlo despacio por los bordes, olerlo un poco y tenerlo en regazo.

– Esa es la verdad –dice entre dos burbujitas de

suspiro.

– ¿Qué es la verdad, maína Jobina?

– La verdad es verde, muchacho. Ya va a madurar

para usted también. No se apure. Todavía no le han crecido las plumas.

– Pero si usted misma quiere morirse, ¿la esperanza

para qué sirve?

– ¡Retírese a dormir! No sea cargoso. Mañana es el

Día de la Virgen. Vaya a cazar ese colibrí nos señala en el vientre de nuestra madre para futuros dirigentes de los hombres.

– ¿Usted dice para presidente de la República, por ejemplo?

– Eso es muy poco todavía, eso no quiere decir nada...

Suelto la mecedora y la figura de mi madrina se inmoviliza otra vez, se desdibuja como si reculara y se alejara. Piensa en esos mellizos de la Benicia Ortigoza que la semana pasada han nacido viejos, como si al parirlos la madre no más tuvieran de golpe como ochenta años cada uno. Y eso que la dueña de la fonda ya tiene sus buenos años para estos trotes. Le he preguntado a mi hermana Diálara si la vieja Ortigoza no sería como esa anciana doncella que existió en los comienzos del mundo, como cuenta madrina, y que anduvo “gruesa” de su hijo durante setenta y dos años cabales. Diálara no me quiere contestar, no le gusta meterse en estas habladurías, porque ella también tiene sus cosas con el comisario. Pero la historia que suele contar madrina debe ser cierta. Si hasta la ha tocado atender un caso parecido, aunque se me frunce que la Benicia no se ha de parecer en nada a esa anciana doncella del cuento de madrina, llamada *Yu-Yu*. Pienso en la paciencia de esa virgen pasita-de-uva que a la edad de ciento setenta y un años se sentó un día a la sombra de un guayabo contemplando fijamente

el sol del mediodía. Lo estuvo mirando todo el tiempo hasta que le tragó como un huevo de perdiz de muchos colores. Después se abrió un agujero en el sobaco y por ahí sacó al niño de setenta y dos años, que empezó a decir cosas que nadie entendía y a quien le pusieron, dice mi madrina, el nombre de *Ladislao*, quiere decir *Orejas-largas*, porque escuchaba y sabía todo lo que pasaba en el mundo.

Madrina ayudó a la vieja Ortigoza a desobligarse de sus hijos viejitos. Y desde entonces, algo la ha puesto del revés, anda como coida por los remordimientos, y ya no va a la fonda. Me manda a mí a llevar los remedios de yuyos a la Benicia Ortigoza. Mi padre, que es muy mal hablado, se burla de la dueña de la fonda. Dice palabrotas todo el tiempo y se enoja contra los mellizos. Mientras serrucha los pedazos de res en la carnicería, grita que se van a morir el día menos pensado y que eso va a ser los mejor para ellos, para todos. Que de monstruos y tarados ya está lleno el pueblo y si me apuran, dice, todo el país. Aunque los mellizos no hablan y no parece que vayan a hablar nunca. O si hablan, ellos dos solitos se

entienden en una lengua desconocida, con gruñidos parecidos a los de la comadreja.

– ¿Por qué los ayudó a nacer?

– ¡Mándame a mudar! – me reta mi madrina y se agacha gimiendo para tirarme una de sus alpargatas.

Doy un salto y disparo. Detrás de un limonero la amenaza todavía:

–Hágame el relique! Si me miente, usted no se va morir nunca.

Me escapo hacia la plaza, colándome entre el gentío para ver esos aeroplanos que el franchute hace volar sobre lienzo puesto contra la pared de la Municipalidad. No hay más que ese chorro de luz blanca que sale del ojo del aparato en la oscuridad. Un montón de letras, primero, que nadie lee porque pasan muy rápido. Luego, como si se atravesaran la pared, aparecen sobre la sábana los aeroplanos y de ellos saltan en bandadas los hombres. Planean por el aire bajo unas inmensas sobrillas que se van abriendo por el cielo como hongos transparentes. No se oye el roncar de los aeroplanos; únicamente el ruidito de la máquina a manivela de *mosiú* Pernet; un chirrido que se esparce sobre el silencio de este mismo gentío

que habrá mañana en la procesión y que ahora, en la noche, contempla boquiabierto a esos hombre-pájaros, antes de que la oscuridad los vuelva a tragar. En este momento nadie piensa en las habladurías que corren por el pueblo de que el franchute es el padre de los mellicitos ancianos. Ni los más chismosos, seguro. Todo es contemplar a esos hombres que parecen de vidrio planeando entre las nubes.

– Podemos volar como ellos – digo por lo bajo a Pedro de Mendoza.

– Ya se te subió otra vez la lombriz a la cabeza – se burla el Primer Adelantado.

– Yo sé como hacer – bravuconeo un poco mirándolo de reojo.

Entonces me acuerdo que a la mañana siguiente cazamos el colibrí, no con la cimbra de hojas de palma bendita que me entregó mi madrina, sino con un bodoque de mi hondita. “El corazón del colibrí late 615 veces por minuto”, dijo Atilano, remedando al maestro.

– Este está muerto – dijo Malvita, mientras apretaba

contra el oído el pájaro-mosca en cuyo pico de ambar brillaba una gota de sangre.

Mi madrina me lo sacó de la mano,
 Lo calentó un
momento entre las suyas. Con los ojos cerrados
sopló en el piquito amarillo y también por el
otro lado entre los pulmones. El colibrí salió
volando. Dio algunas volteretas, mareado,
como para afirmarse en el aire. Se inclinó una o
dos veces como despidiéndose, y se perdió
entre los reflejos.

 Después esa tarde lejana que está
 antes de la peste y el
diluvio. Mucho antes de éxodo. Como un
cuervo cachorro me hamacaba en el cielo,
prendido a las varillas atadas en cruz que
sostenían la sábana embolsada por el viento.

 – ¡Te vas a matar! – grito Juan de
Garay apuntándome con la lanza.

 – ¡Recuerdos al colibrí! – gritó
Malvita que con sus ojos verde me
ayudaba a volar.

 – ¡Memorias a nuestro católico rey
Don Fernando! – grito Juan de
Salazar y Espinoza, el hijo del
peluquero, como si me despidiesen
para siempre de la Provincia
Gigantes de las Indias.

– ¿Adónde es el entierro? – grito
Álvar Núñez Cabeza de Vaca.

– ¡Adiós...! – grité mascando el
viento y mi susto. ¡Hasta la otra
vida!

Había cerrado los ojos al saltar desde la punta del cerro. Poco a poco sentía que iba siendo otro. Mi pensamiento de chico se fue cambiando en el pensamiento de un pájaro. Millones de burbujas hinchadas de luz, de calor, millones de años hinchados de oscuridad, subían a mi encuentro ráfaga que hacían temblar el aire cargado de sol. Borronearon la cumbre, las figuras de mis compañeras. “¡Soy un buitre blanco!”, grazné roncamente, y el pico me chispeó al viento. Desde lejos, cada vez más, me seguían llegando los gritos de Malvita y los otros, hasta que también fueron gritos de pájaros.

Me hamacaba en el cielo clavando mis ojos de buitre como una aguja en mitad de la cabeza de los animales. Los veía caer de rodillas uno a uno y

enseguida les empezaba a blanquear la osamenta.

Lo único que, de tanto en tanto, subía hasta mí la voz de madrina. La sentía andar entre plumas como el picor de las pulgas que hasta en los buitres deben sentar sus reales. Bajo la sábana inflada de viento y de sol, volvía a ser de noche; esas noches en que *maína* Jobiana me contaba cuentos. Los de Las Mil y una Noches y también historias con brujas, enanos, sapos tan grandes como bueyes y animales alados. "... una vez un caminante acorralado por el miedo se escondió en un pozo y se colgó de una rama. Pero de repente vio que debajo de él había una gran víbora-perro que echaba fuego por los ojos, y otra más, y otra más y otra más... El caminante miró hacia arriba y vio que dos ratones, uno blanco y otro negro, comían al apuro y con un hambre más grande que el mundo la ramita de la que él estaba colgado. Pero entonces, al volver la cabeza con desesperación buscando una salida, sólo vio colgada de otra rama una colmena

que casi le tocaba la cabeza. Se puso a lamer la miel y se olvidó de los ratones que roían la rama y de los cuatro dragones que esperaban abajo con las bocas dientudas y llameantes...”

“¡Soy un buitre blanco!, grité borrando la voz de madrina, soplando esa pulga que se me había pegado al miedo entre las plumas y que me chupaba la sangre justo del lado del corazón. Abrí de nuevo los ojos. A mis pies daba vueltas lentamente un pueblo desconocido. Lo reconocí a puchitos. Entonces vi arrastrarse el culebrón del gentío tras las andas de la Inmaculada Concepción de los Sietes Caballeros del Valle-Grande. Busqué con los ojos el camino real. Sobre esa raya de tierra colorada que rajaba el valle, envuelto en una nube de polvo, el carruaje de don Natalicio Miranda, no más grande que la frutita negra del pacholí. Desde adentro, María Matutina, la mano sobre la boca, me estaría viendo volar. Ahora ella era quien padecía por mí, y no yo que, escondido entre los pajonales, esperaba el paso del

carruaje de regreso a la estancia. Yo sacaba pecho en el aire. La humareda azulada del horizonte, aplastada contra la lejanía. ¡Era mío todo el mundo!

Pero lo que veía subir en este momento como bala era el pozo de la salamanca hacia donde me estaba llevando el viento con el capricho de una mula tuerta. El mismo lugar en que treinta años más tarde van a blanquear los huesos de Atilano y sus compañeros acorralados por los regulares, al comienzo mismo de las guerrillas. Sentí que el miedo me ablandaba de golpe las uñas agarrotadas a las tacuaras. Me achiqué en una burbuja, la más pequeña de esos millones de burbujas que me chupan hacia abajo. Ya no quise ser más que el agujero de la nada. Salté hacia atrás, hacia arriba, hacia los recuerdos, hacia lo que estaba antes de los recuerdos. Y la memoria sólo me permitió gritar *¡Socorro!*, aferrándose al amuleto que no tenía, al corazón del colibrí que se había volado esa mañana.

Me respondió el ruido de las cañas
quebrándose como tiros contra las
piedras del precipicio. La sábana me tapó
la cara.

Los dientes apretados dejan gorgotear apenas el canto monótono, menos parecido a un villancico que a rezo salmodiado en velorio de angelito. Bajo el sol de media tarde que lo achicharra todo hasta ese clamoreo del canto bilingüe arrastrándose no se sabe si en una procesión o en un entierro, el gentío se mueve lentamente en la ancha plazuela donde antes sólo debió reinar la selva impenetrable. Los pies descalzos levantan el polvo, pero se diría que no avanzan, que sólo marcaran el paso en esa marcha detenida, simulada o representada, ante la inminencia de algo que va a suceder o que ya ha sucedido hace mucho tiempo. En el centro del rítmico balanceo ha de estar la imagen del Niño o el pequeño ataúd, oculto por el palio de hojas de pindó que la ramazón de brazos tiende sobre él, no tanto para resguardarlo de la resolana como de esa amenaza que flota en el aire caliente, mientras

las bocas muerden para adentro la nana
quejumbrosa:

...Sobre un hermoso arenal
de sol y luna dorado
dicen que en tiempo pasado
lloraba el Niño Jesús...

Oé... oé yekó raka`é
Lloraba el Niño-Azote...

A la sombra perfumada
de tres matas de pindó,
en una sillita de oro
dicen que el Niño durmió...

Oé... Oé...

Entonces revientan los alaridos que
llegan de las cuatro esquinas de la plaza y
atropellan por entre los ranchos de adobe, como
antes por entre los árboles, y se cierran en un
turbión de cascós y relinchos sobre la
procesión.

– ¡Oé... oé!...

– ¡Los indos!... ¡Los indios!

Destripado por el vapor, el hormiguero del gentío dispersa en todas direcciones, perseguido por los jinetes que blanden lanzas y vergajos, golpeándose las bocas y ululando a saqueo y degüello, a sangre, a muerte. Los caballos saltan por encima de las víctimas, quietas, que tienen hundidas las caras en la tierra. Del reguero de la fuga sólo ha quedado en la plaza, en medio de las palmas caídas, cerrazón de polvo, con los cabellos más rojos aún que el tufo de tierra que lo borrona.

Más de cien jinetes giran ahora en torno de la criatura de palo, castigando fieramente el aire sobre ella con sus lanzas y vergajos adornados con ramos de flores silvestres. ¡Oé... oé...! ¡Niño-Azote!... – aúllan en un creciente paroxismo, las ropas de colorinches empapadas, humeantes, los airones de pluma cabeceando a cada mandoblazo en el galope circular. Al fin, el que hace de cacique, pandeándose hasta casi tocar el suelo con el hombro, levanta al Niño, lo deposita sobre la cruz del cabello y escapa a toda carrera seguido por el adulante tropel.

Algo semejante ha estado sucediendo y no va a terminar de suceder en ardiente y último

día de diciembre de 1743. Resol de tierra, resol de agua, las verberaciones incineran el aire sobre la chacra en Tavapy, incineran el cielo sin nubes y hacen caer esa llovizna de polvo ácido sobre las caras embarradas de sudor, sobre los labios secos que mascullan la salmodia del entierro.

La mujer está quieta, de rodillas al borde del hoyo, arrebuja en el rebozo negro de espumilla que hace más blanco y transparente su rostro. Ni siquiera se ha movido cuando los primeros terrones empezaron a tamborilear sobre el cajoncito de la criatura. Sus ojos continúan secos y brillantes, quietos los labios en una voluntad de rezo, quizás demasiado ensimismada para que pueda sumar su voz al sordo clamoreo de las demás mujeres. El hombre la mira y se sobresalta; se pasan las manos sobre el gastado pantalón de pana color tabaco y el sudor deja su mancha en los ceñidos perniles. Cierra los ojos y el parpadeo transmite una imperceptible crispación a la cicatriz que se le escurre desde la sien hasta la boca, cuyo tajo delgado semeja otra cicatriz. Mientras las mujeres rezan y su mujer calla con los ojos clavados en el cajoncito de palosanto que la

tierra va cubriendo, recuerda sus palabras, las últimas que dijo hace unos días, las últimas que habrá de oír en muchos años, porque quien que no ama no sabe y recuerda ya todo lo que ha de pasar.

– Vamos a llevarlo a Asunción, Rosalía. Allá tal vez podremos salvarlo.

– No podemos salir de aquí. Te estarán buscando y si vuelvan a prenderte, serán implacables contigo.

Eso también era cierto. Desde el aplastamiento de la rebelión comunera, las represiones han sido terribles; las familias de los criollos sospechosos de haber participado en el lanzamiento, se dispersaron a todo lo ancho de la convulsionada provincia. El niño nació cuando el padre, sindicado como uno de los cabecillas, estaba preso en el fuerte de Arecutakuá, convertido en cárcel de patriotas. Un negro arcabucero y músico, guardián del presidio, simpatizó con él, favoreció su huida y lo siguió a través de selvas y esteros con su arcabuz y su arpa. Llegó a la chacra de Tavapy en momentos en que el niño comenzaba a agonizar.

– Debo arriesgarme para salvar a nuestro hijo

– se supone que dijo.

–No, Pedro. Lo he visto en sueños. Me ha dicho que no me mueva de aquí. Debemos esperar.

– ¿Esperar qué?

Y la perplejidad de Don Pedro debe de ser mayor ante este inexplicable lenguaje de un infante de pocos meses, que la madre ha oído y comprendido en sueños. Desde entonces no habló más. Ya tenía la expresión desasida y visionaria que parece haberle borrado la mirada de los ojos.

Están todos en ese rincón de la huerta, bajo el árbol centenario donde dan sepultura al niño. Sólo falta que don Joaquín de Zárate, el alcalde antequerista, padre de Doña Rosalía, amarrado en la casa a su silla por la edad y la parálisis. Ahora no puede hacer más que mirar en el lecho de paja del pesebre, bajo una estrella de cartón, la imagen labrada del Redentor recién nacido, mientras entierran a su nieto.

El niño ha muerto hace seis días, justo en la Nochebuena, de modo que las fiestas preparadas para la Navidad han servido también

para el velorio del angelito. No hubo manera de hacer cejar a doña Rosalía en su empeño. Ella misma colocó sobre una mesa, frente al pesebre, el cuerpecito amoratado que se fue achicando bajo el chisporroteo de las velas, mientras al olor de las flores y los esmaltes recalentados se iba mezclando el otro olor de la pasita de uva del niño, que para nadie pero menos aún para doña Rosalía sería el husmo del muertecito sino el picor de la desgracia en los lagrimales y en las gargantas enronquecidas por esa nada de vida y muerte, por ese villancico del niño de carne, dormido junto al pesebre en una entraña hermandad de púrpura hereditaria, visible hasta en los párpados de los que lloran cantando.

El arpa del soldado negro, la matraca del enano campanero, y aun décima y cielitos, han sonado todo el tiempo ante el toldo de percalina que cubre a los dos niños. Alguien ha bailado incluso pichichí, con trenza y estruendo de espuelas sobre el piso de tierra.

Doña Rosalía no rechazó desde un comienzo con un gesto definitivo más que a las plañideras, y se mantuvo inmóvil entre la

capillita ardiente y el pesebre, sin hablar, sin llorar, sin dormir.

– Parece que se le ha nublado el entendimiento

– comentó en voz baja una de las mujeres.

– Me sacó la palabra de la boca –dijo otro.

– La muerte de un hijo –murmuró cerrando los ojos una vieja oracionera –rompe las carnes. Por allí se escapa el ánima y queda eso... –concluyó, señalando a doña Rosalía.

El hoyo, que se va llenando, bosteza su aliento de polvo. Los reflejos del lago escuecen los ojos. Sobre las siluetas cabeceantes la tarde ha de estar pasando como un sueño. Del corazón de doña Rosalía nada se sabe. Detrás de ella, junto al tronco escamoso del tarumá, también hincada, la esclava mulata, la lenta Vito, es la sombra de doña Rosalía que ya parece una anciana; una sombra deforme, atada al ama y al muertecito, a quienes ha dado su leche, y que de pronto se lamenta suave y bajito, castigada por dentro por alguna áfaga más fuerte que su voluntad de contención:

– ¡ Mi niño-azoté en cajita de palo!... – en la tolvanera de su pensamiento debe de flotar

la flor blanca con su fleco de espumilla escarlata. Así lo llamaba vivo, así lo llamaba cuando ya los pezones azules de tan negros no conseguían destilar vida en la boquita morada. Así lo llama ahora cuando el lento desmoronarse de la tierra roja no deja entrever ya más que los bordes blancos del pequeño ataúd convirtiéndolo al fondo del hoyo en otro pimpollo de tierra de los recuerdos. Pero ahora todavía se lamenta: “¡Mi niño-azoté... mi niño-azoté!...”, gatea a su lado – dejan caer sus últimos terrones sobre la cajita del hermano de leche.

De nada valieron las medicinas que el aya ha hecho al niño por consejo del Avá-Payé. Ha sido inútil que le atara manos y pies con su chumbé de lana de colores embebido en sangre de murciélago pisado en mortero de piedra. Hasta una chicharra que rompió a cantar asustando a doña Rosalía. Inútiles los cocimientos y las infusiones de mil clases de yuyos. Se fue muriendo como envenenado por la picadura del escorpión, hasta que la noche del veinticuatro, el Niño Dios que nacía le cerro los ojos y lo convirtió en la flor blanca de

cabello colorado... Lo ha dicho y repetido durante el velorio de seis días.

– ¡ Mi niño-azoté! – murmura el aya como una jaculatoria.

Mientras manos y pies empujan la tierra y el enano harapiento acompaña el canto haciendo sonar con un palitroque la matraca de hueso que lleva colgada al cuello, el negro labra la cruz. Da la impresión de que sigue tocando el arpa en un pesebre; al ritmo de la matraca del sacristán de Tavapy, los golpes de cuchillo comen la madera con precisión pasmosa y espejean sobre la blusa de bayeta carmesí. Hace rato que se le ha caído a los pies el morrión con escarapela real.

El ruido de la matraca se está hinchando con el rumor de un vasto galope. La gente adormilada por los cánticos y los rezos todavía no lo siente. Cuando el moreno va a plantar la cruz doña Rosalía ya no está. ¿Qué le ha impulsado a volver tan de repente, aproximarse al pesebre y tomar al Niño con gesto alucinado?

– Hija, no temas – le habría dicho suavemente el parálitico—. Tu niño no ha muerto...

El reflejo de las velas en el esmalte echa cardenillo a la cara impasible de doña Rosalía.

Desde el lugar del entierro, don Pedro ha querido seguirla, pero ya no puede. La matraca del enano parece haber reventado en un estrépito de caballos y alaridos. La sombra del tarumá crece tomata por el retumbar de cascos y relinchos.

– ¡Los indios...! ¡Los indios!

Salen de todas partes, vomitados por la selva en raudos ventarróns de siluetas ecuestres, los rostros embijados, las bocas ululantes, las lanzas en ristre. Dos remolinos se cierran, uno en torno de la tumba, el otro alrededor de la casa, lanceando y degollando a diestro y siniestro. Los cascos de los caballos completan la destrucción triturando vientres y cráneos, sofocando gritos y ayes en el fango rojizo en chapotean. Todo sucede en un momento. Los indios arrancan aros y peinetas con crisolitos cosechando extrañas frutas de carey y de oro cuando levantan por los caballos las cabezas sin cuerpos, cercenan dedos con anillos y algunos se demoran desanudando pañuelos de colores o arrancando de las manos crispadas rosarios de plata y de vidrio. El resplandor de iguana verde

del lago muestra al negro degollado cara al cielo. El enano yace boca abajo; la paleta de buey de su matraca le sale por la espalda como si su esqueleto fuera más grande que él. Hay quince hombres, mujeres y chicos muertos alrededor de la tumba. Sólo don Pedro Guzmán se agita débilmente con un dedo de menos, el de la alianza, y un lanzazo en el hombro.

Otro remolino se ha tragado la casa que empieza a girar en el humo del incendio, Doña Rosalía sale arrastrada por el cacique. Lo último que ella ve es la cabellera blanca de su padre teñida de rojo vivo bajo la estrella de cartón, ahora sí ardiente y luminosa que también alumbra en un rincón el cadáver del aya Vitó.

Momentáneo remansos se establecen sobre el turbión del saqueo. En medio del botín apilado, un indio gigantesco prueba el arpa y el sonido y hace fulgural los dientes.

En el malón mbayá regresa en la noche suavizada de grillos y cocuyos. Sobre un caballo, blanco de luna, va la única cautiva. Lleva oculto un niño; los indios los oyen llorar bajito todo el tiempo. En el limpión de un palmar le ordenan con gestos que baje del

caballo y dé de mamar a la criatura. Doña Rosalía aparta los ojos de las caras pintarrajeadas en las que de seguro ve reflejarse las figuras de su atroz pesadilla. Prefiere morir de una vez. Lentamente saca de su seno la pequeña imagen de madera. La besa con los ojos cerrados, con unción y con lágrimas. Después dirá que entonces la sintió ablandarse, palpar y vivir, “como si el hijo le hubiera resucitado en los brazos”, repite en guaraní la glosa colectiva. Y así será siempre, durante el cautiverio; cada vez que los indios se le acercan, doña Rosalía tiene a su lado a un niño de apariencia natural. Le despellejan manos y pies para que no pueda escapar, pero las heridas no sangran y ella, junto al niño, no sufre ningún dolor...

Así que el último jinete desaparece, los muertos se levantan lavándose las caras con puñados de tierra y todos los fugitivos retornan, en actitud compungida y culpable, al lugar de donde fue raptado el Niño, y se arrodillan junto al círculo de hojas de pindó. Poco a poco, entre los lloros de las plañideras, las voces se van acordando y el coro repite la historia que a lo largo de doscientos años la gente de Tavapy ha

imaginado que doña Rosalía contó a su regreso, cuando don Pedro Guzmán la encuentra y la rapta a su vez de los indios, disfrazado de misionero, en las lejanas tolderías del Bermejo.

...Oé...oé...yekó raka'é
dicen que el Niño durmió
y con nosotros soñó
jugando a las escondidas..
oé...oé...

El canto se suspende de nuevo cuando por una esquina de la plazoleta aparece el hermano más viejo de la cofradía trayendo en sus brazos al Niño de cabellos rojos. Detrás, en fila india, contritos y humillados, tirando sus caballos de las riendas, vienen los jinetes con los torsos desnudos, salvajemente flagelados. Un hombrecito desdentado, casi un enano, se restaña la sangre de la espalda con una camiseta de fútbol. Inflando y desinflando en sus bocas pringosas las burbujas de *chiclet*, los chicos lo miran pasar envidiándole la matraca de paleta de buey que lleva colgada al cuello. Todos entran a la capilla cantando ahora sí con la exaltación de un júbilo verdaderamente triunfal. La diminuta imagen pintada al duco rebrilla una

vez más entre las oscuras cabezas al último sol
de la tarde.

...Oé oé...yekó raka'é
jugaban al Niño-azoté...

La Flecha y la manzana

Faltaba aún un buen rato para la cena. Sobre la mesa del living, los tres chicos simulaban concluir sus deberes. Es decir, los tres no; sólo la niña de trenzas rubias y de cara pecosa se afanaba de veras con sus lápices de colores sobre un cuaderno copiando algo de un libro. Los otros dos no hacían más que molestarla; o al menos lo intentaban, sin éxito. Concentrada en su trabajo, la pequeña dibujante los ignoraba por completo. Parecía sorda a sus ruidos, inmune a sus burlas, insensible a los pérfidos puntapiés bajo la mesa, a las insidiosas maquinaciones. Estaba lejos de allí, rodeada tal vez de altos árboles silenciosos o de alguna almena inaccesible sobre ese precipicio que le haría palpar de vértigo la nariz y morder el labio inferior dándole un aire absorto.

El niño de la lámina estaba ya en el papel, iba surgiendo de los trazos, pero era un niño nuevo, distinto, a medida que ella iba ocupando su lugar en la lámina, cada vez más quieta y absorta, moviéndose sólo en ese último vestigio animado de la mano que hacía de puente entre la lámina y el cuaderno, entre el

niño vivo y la niña muerta y renacida. Los aeroplanos de papel se estrellaban contra las afiladas puntas de los lápices sin lograr interrumpir su vaivén, sin poder evitar la transmigración.

Un alfiler rodó sobre el oscuro barniz de la mesa. Los dos hermanos se pusieron a soplar de un lado y de otro, en sentido contrario, levantando una nube de carbonilla de colores. El alfiler iba y venía en el viento de los tenaces carrillos, hinchados bajo la luz de la araña. La aguja mareada, enloquecida, iba marcando distintos puntos de la lámina, sin decidirse por ninguno, pero el polvillo coloreado se estaba posando en los bordes y comenzaba a invadir el dibujo animándolo con una improvisada nevisca, y formando sobre la cabeza del niño algo como la sombra tornasolada de un objeto redondo. La niña continuaba impávida; parecía contar incluso con la imprevista ayuda de esa agresión, o tal vez en ese momento su exaltación no podía hacerse cargo de ella, o quizá, con astucia y paciencia que tomaban la forma del candor o de la impasibilidad, esperaba secretamente el instante del desquite.

Los otros dejaron de soplar. El alfiler osciló una o dos veces más y quedó muerto. Un abucheo bajito, pero bastante procaz, reemplazó al vendaval. Entonces la niña sopló a su vez con fuerza, un soplo corto y fulmíneo que arrancó el alfiler de la mesa y lo incrustó en el pómulo de uno de los chicos, donde quedó oscilando con la cabeza para abajo, mientras el herido gritaba de susto, no de dolor.

Desde un sofá el visitante observaba ensimismado ese mínimo episodio de la eterna lucha entre el bien y el mal, que hace una víctima de cada triunfador. Una mano se apoyaba con cierta rigidez en el bastón de bambú; con la otra comenzó a rascarse lenta, suavemente, la nuca atezada que conservaba su juventud bajo los cabellos canosos. Se rascó con un dedo. Otra ligera nevisca cayó sobre los bordes del cuello del saco de gabardina, muy entallado, parecido a una guerrera.

Pasó la madre. Los gritos no cesaron con suficiente rapidez, esos gritos que traían el clamor de un campo de batalla entre el olor de un guiso casero, ruiditos de lápices y las tapas de un libro al cerrarse sobre precipicios, almenas, guerreros y caballos. Los ojos grises,

moteados de oro, de la niña miraban seguros delante de sí en una especie de sueño realizado y las aletas de la nariz habían cesado de latir.

– ¡A ver, chicos, por favor! ¡Pórtense bien! ¡No respetan ni a las visitas!

– Déjelos, señora –abogó el visitante con una sonrisa de lenidad, como si él también buscara disculparse de algo que no tenía relación con los chicos y sólo le concernía a él mismo.

– ¡Son insoportables! – sentenció la madre.

Los tres chicos eran de nuevo tres chicos, hasta en el empeño de ese dedo, de esa uña que buscaba deshollinar una nariz con riesgo de arañar un cartílago.

– Los chicos me gustan –dijo el visitante haciendo girar la caña barnizada entre los dedos y mirándola fijamente.

– No diría lo mismo si los tuviera a éstos a su lado más de un día. ¡Me tienen loca con sus diabluras! Esa chiquilina, sobre todo, ahí donde la ve es una verdadera piel de Judas. Imagínese que ayer metió al canario en la heladera.

– Hacía mucho calor, mamá... –la uña abandonó la diminuta fosa–. El canario se moría en la jaula. Abría la boca, pero no podía cantar. Además, allí el gato no lo podía alcanzar.

– ¿Ve? – el rictus de la boca dio a la cara una expresión de ansiedad y desgano que ahora ya tampoco incluía a los chicos; surgía de ella, de ese vacío de años y noches que le habría crecido bajo la piel y que tal vez ya nada podía calmar, aunque ella se resistiera todavía a admitirlo. Se pasó las manos por las ampulosas caderas, por la cintura delgada, que la maternidad y la cuarentena habían acabado por desafinar. –Usted ve... –dijo–. ¡No tienen remedio! –Y luego, otra vez en dueña de casa–: Jose Félix está tardando. Esa bendita fábrica lo tiene esclavizado todo el día. Me dijo por teléfono que iba a llegar de un momento a otro. Pero usted sabe como es él.

– ¡Uf!, si lo conoceré... – rió el visitante; podía evidentemente juzgar al padre con la misma condescendencia que un momento antes había usado para mediar a los hijos. “Astillas de un mismo palo”, tal vez pensaron esos ojos, uno de los cuales parecía más apagado que el otro,

como si se hubiesen cansado desigualmente de ver el absurdo espectáculo de vivir.

– Pepe me contó como se encontraron ayer, después de tanto tiempo.

– Casi treinta años. ¡Todavía una vida! O media vida, si se quiere, ya que la nuestra está irremediablemente partida por la mitad. Y luego este encuentro casual, casualísimo.

– Es que Buenos Aires es una ciudad increíble.

Vivir como quien dice a la vuelta de la esquina, y no saber nada el uno del otro. Es ya el colmo, ¿no le parece?

– Es que yo en realidad salgo poco señora, por lo que ando bastante desconectado de mis connacionales. Hemos llegado a ser muchos aquí, una población casi dos veces mayor que la de la propia Asunción. No podemos frecuentarnos demasiado.

– Pero usted y Pepe fueron compañeros de armas, ¿no es así?

– De la misma promoción.

– Pepe no salía hablar mucho de usted...

–una súbito pausa y el gesto de friccionarse el cuello obviaron el peligro de una indiscreción–. Y ahora está muy contento de haberlo

reencontrado. También hay que decir que ustedes los paraguayos son un pocos raros, ¿verdad? Nunca se puede conocerlos del todo.

El visitante rió entre los reflejos ambarinos del bastón que hacía oscilar delante de los ojos; el más vivo no parpadeaba, como si estuviera en constante alerta.

– Con nosotros vive ahora otro compatriota de ustedes, también desterrado. Un muchacho periodista, muy inteligente y despierto –la actitud de ansiedad y contención produjo otra pausa.

– Sí, Ibáñez me habló de él. El destierro es la ocupación casi exclusiva de los paraguayos. A algunos les resulta muy productiva –ironizó el visitante; el chillido sordo y sostenido de una boca aplastada contra la contra la mesa lo interrumpió.

– ¡Alicia!... ¡Voy a acabar encerrándote en el baño! Y ustedes dos, al patio, ¡vamos!

Salieron como dos encapuchados.

– Y luego cambiando de voz–: Le traeré el copetín mientras tanto.

– Mejor lo espero a Ibáñez.

El tufo de alguna comida que se estaba quemando invadió el living.

– Si usted me permite un momento...

– ¡Por favor, señora! Atienda nomás.

La dueña de casa acudió hacia la chamusquina; se la oyó refunfuñar a la cocinera entre un golpear de cacharros sacados a escape del horno y luego chirriando en el agua de la pileta.

El visitante se levantó y se aproximó a la mesa; puso una mano sobre la cabeza de la niña, que no dejó de dibujar.

– Así que te llamas Alicia.

– Si. Pero es un nombre que a mí no me gusta.

– ¿Y qué nombre te hubiera gustado?

– No sé. Cualquier otro. Me gustaría tener muchos nombres, uno para cada día. Tengo varios, pero no me alcanzan. Los chicos me llaman Pimpi, de Pimpinela Escarlata. Papá, cuando está enojado, me llama *añá*, que en guaraní quiere decir diablo. En el colegio me llaman La Rueda. Pero el que más me gusta es *Luba*.

– ¿Luba? –El visitante retiró la mano—. Y ese nombre, ¿qué significa?

– Es una palabra mágica. Me la enseñó una gitana. Pero nadie me llama así. Sólo yo,

cuando hablo a solas conmigo... – se quedó un instante mirando al hombre con los ojos forzadamente bizcos; parecía decapitada al borde de la mesa.

El visitante sonreía.

– Y ese ojo que usted tiene, es de vidrio, ¿no?

– Si. ¿En qué lo has notado?

– En que uno es un ojo y el otro una ventana sin nadie. – Pero ya la niña estaba de nuevo absorta en su trabajo, copiando otra lámina. Tal vez era la misma, pero ahora cambiada. Además del niño, con la sombra de un objeto redondo sobre la cabeza, surgía ahora la figura de un hombre en ángulo del cuaderno, con el esbozo de un arco en las manos.

El visitante se inclinó, y a través de la rampa abierta de pronto por la mano de la niña se precipitó lejos allí, hacia un parque, en la madrugada, con los árboles oscuros y esfumados por la llovizna, hacia dos hombres que se batían haciendo entrechocar y resplandecer los sables, que no habían cesado de batirse y que ahora, a lo largo de los años, ya no sabían qué hacer de la antigua furia tan envejecida y aquiescente como ellos. Por la

ventana ve a dos chicos que disparan sus flechas sobre el césped. Contempla sus sombras moviéndose contra la blanca pared. Con un leve chasquido, que no se escucha pero que se ve en la vibración del chasquido, las flechas se clavan en abanico sobre ese pájaro ecuatorial que va emergiendo de las reverberaciones. A cada chasquido gira un poco, da un saltito sobre el césped, pesado para volar por esa cola de flechas que va emplumando bajo el sol. Y otra vez, los hombres, a los lejos. Uno de ellos se lleva la mano a la cara ensangrentada, al ojo vaciado por la punta del sable del adversario, al ojo que cuelga del nervio en la repentina oscuridad.

Sonó el timbre, pero enseguida la puerta se abrió y entró el dueño de casa buscando con los ojos a su alrededor, buscando afianzarse en una atmósfera de la que evidentemente había perdido el dominio hacía mucho tiempo, pero aún le daba la ilusión de dominio. El otro tardó un poco en reponerse y acudió a su hermano. La niña miraba en dirección al padre, enfurruñada sobre el dibujo que la mano del visitante había estrujado como una garra. Luego la manzana. Esa manzana que un rato después

la pequeña Luba ofrecerá a los hermanos que estarán flechando el limonero del patio sin errar una sola vez las frutitas amarillas, y les dirá con el candor de siempre y la nariz palpitante:

– A que no capaces de darle a ésta veinte pasos.

– Bah, ¿qué problema? Es más grande que un limón.

– Y a esos los estamos clavando desde más lejos –añadirá el más chico.

– Pero yo digo sobre la cabeza – dirá ella mirando a lo lejos delante de sí.

– Porque no –dirá el mayor tomándole la manzana y pasándola al otro–. Primero vos, después yo.

El más chico se plantará en medio del patio con la manzana sobre la coronilla. El otro apuntará sin apuro y amagará varias veces el tiro, como si quisiera hacer rabiar a la hermana. En los ojos de Luba se ve que la flecha sale silbando y se incrusta no en la manzana sino en un alarido, se ve la sombra del más chico retorciéndose contra la cegadora blancura de la tapia. Pero ella no tiene apuro, mirará sin pestañear el punto rojo que oscilará sobre la

cabeza del más chico, parado bajo el sol,
esperando.

– ¡Pirulí...! –grita la mujer hacia el rancho, sin dejar de meter entre los dientes del trapiche los trozos de caña dulce que va sacando de una pila. Al agacharse, el humo del cigarro se mezcla al vapor del rocío.

– ¡Pirulí..., Pirulí...! ¡Eyú puée...! – vuelve a gritar Eleuteria por el costado de la boca, urgiendo a alguien que tarda en aparecer. Sus manos viborean junto a las muelas cilíndricas reponiéndoles su mascada de hinchados canutos que caen del otro lado en bagazo planchado, casi seco. El mosto gotea espeso y fragante de los cilindros de madera que gimen una vez a cada vuelta con un gemido cadencioso y soñoliento de eje de carreta, al girar el malacate del que tira un matunguito apelechado y rengo.

En la espuma rosada del amanecer que aún tiene coágulos de noche al borde de la islita boscosa, la mujer y el caballo se mueven como las figuras de un sueño que poco a poco van adquiriendo consistencia y realidad. El chillido

del trapiche sube y baja como un hueso roído bajo la piel de rumores píos y mugidos que los gallos hilvanan de rojos cornetazos, uno tras otro, cada vez más remotos. El horizonte invisible empieza a moler luz como el trapiche de Eleuteria muele la caña de la “cochesa”, en la menuda zafra doméstica.

Las ollas negras se van llenando lentamente. El caldo verde y espumoso atrae las lechiguanas del monte que zumban ávidas y mareadas en el olor azucarado. De las ollas o del bagazo van al lomo del caballejo cuyo cuero sarnoso, comida de uras y yatebús, se estremece al contacto de las trompetillas aladas. Mosto y keresa, pus y miel, humo, luz y vapor, movimientos, recuerdos, sonidos, hacen mezclados el espeso jarabe de la mañana que araña más que el tabaco la garganta de Eleuterio, Crisanto Alvarenga viударé, que le dicen.

– ¡Pirulí...! ¡Mita`i tepotí...! –vuelve a llamar roncamente más feliz que irritada contra el crío dormilón.

– Ya voy, mamaíta...!

El rostro atezado de Eleuteria sonrío en secreto. En la puerta del rancho aparece por fin

un mita`í flaco y desnudo, con las greñas duras y las facciones aún adormiladas. Bajo la capa de sueño que está resquebrajando, la carita de comadreja de Pirulí es hermosa y terrible. Por su boca díscola ya empieza a manar la sonrisa como un tajo de sol sobre un guijarro limpio y cobrizo de arroyo. Bajo la piel oscura ya está despertando también el diablito naranjero.

– ¡Ajhátama, mamaíta!

Eleuteria no vuelve el rostro. Sabe que su hijo se está acabando de vestir en la puerta del rancho. Primero se ha enfundado el pantaloncito lleno de remedios. Se ata el cinto de cuero trenzado del que cuelga la jondita de goma con horqueta de guavirá. Luego se viste la blusa, enorme porque fue del finado. Eleuteria le achicó un poco las costuras, pero se olvidó de las mangas. Pirulí se las arrolla alrededor de los brazos. Mientras sus dedos trabajan con los pliegues sucios y rotos, en los bolsillos cantan las bolitas de vidrio y un poco más sordamente los bodoques de barro colorado cocidos al sol, a cada uno de los cuales Pirulí encomendará certeramente en el cuero de su jondita la muerte de un chochí o de un havía koro chiré. Sí, che karaíkuéra. Ese

ko`emi muchachito, ahí donde lo venu`tedes, cabezudo pero lindo-porâ, como un ta`angá hecho de cera mbá`í pochy, retrato vivo y chiquitode mi pobre Crisanto, que en pá manté de`canse. Hay que ver las canas invernices que le saca. Moscas de ceniza entre el cabello oscuro. Le quebranta a cada paso hasta los huesos del alma, pero lo quiere, lo quiere más que a su vida, porque sólo se quiere es este mundo lo que se paga con dolor del corazón.

– ¡Guá, mamaíta!

Eleuteria, tomada de improviso por el cariñoso empujón del chico, casi mete la mano en el trapiche.

– Mita`i tepotí! Ya me asuste otra vé, demoño tie`y...

– E`a, mamaíta. ¡Guá!, te dije nomá nikó. Vo`ko te asutá debarte voí.

– Güeno, quedáte aquí, atendé el trapiche. Vi`a traer leña para hacer el eíra.

– Sí, mamaíta.

Eleuteria toma el machete Barcelona y se interna en el montecito, brillante el hierro afilado herido por la luz, oscura ella con el trapo floreado atado a la cabeza, el cuerpo enjuto, aún joven, casto ahora a fuerza por la

ausencia de su hombre muerto de una mala puñalada, aunque no muerto del todo porque está creciendo, viviendo de nuevo en este cachorro levantisco que tanto se le parece, que ha heredado su inclinación irresistible a desafiarlo todo, a burlarse de todo con un coraje feroz y sonriente.

Pirulí mete en el trapiche una caña tras otra. Ve gotear el mosto verde. Bebe uno de dos tragos en el hueco de sus manos. Ve caer el bagazo blanco del otro lado. Ve volar las lechiguanas ahítas con sus vientrecitos de seda negra, preñados de azúcar, a punto de estallar. El andar giratorio y rengo del matungo atado al palo del malacate, le da sueño. Bosteza. Se aburre. Por hacer algo levanta del suelo un macizo garrote y lo introduce en el trapiche en lugar de la caña. El caballejo ciego y apelechado encorva el espinazo, estira por encima de sus fuerzas, pero no puede. El trapiche pesa ahora más que la bordalesa de miel que suele llevar al pueblo tirando del carrito, pesa más que el arado, se ha vuelto pesado como el mundo. Los rodillos se atascan en el garrote. Es imposible levantar un tranco más, la mitad de un medio tranco siquiera.

Pirulí frunce los labios vagamente satisfecho y retira el garrote de la muela. El caballejo fatigado espera con las verijas sumidas y palpitantes por el esfuerzo, derramando una diarrea flemosa y sanguinolenta.

– ¡Néike, cabayú tepotí! ¡Vamooo, puee...!

El matunguito no oye, no se mueve. Entonces, Pirulí desenreda del cinto su jondita y le dispara yemborayú-jhape dos bodocazos seguidos que explotan en el anca de la bestia sumisa. Su espinozo vuelve a curvarse en el estirón. Reanuda su marcha renga y cansina. El lamento del trapiche vuelve a oírse. Por afinar la puntería, ensaya dos nuevos tiros; esta vez los bodoques estallan en polvo rojizo en las orejas del matungo, cuyos bordes empiezan a sangrar para delicia de los tábanos. El caballo tuerce la cabeza hacia el chico sentado en cuclillas junto al trapiche.

– ¿Por qué, Pirulí? ¿Porqué? – parecen preguntar sus ojos muertos y húmedos.

– ¡Jhoo..., jho`ooo..., vamooo, cabayú! – grita Pirulí por toda respuesta.

La marcha circular continúa. Continúa el intermitente lamento del trapiche. Es una

carreta que anda fija en un punto, pisando caña, chorreando mosto en las ollas negras bajo el aire maravillosamente límpido de la mañana.

Pían los pájaros. Pirulí se aburre. Quisiera ser Pombero, Póra, Luisón, algún monstruo del que todos disparasen. Quisiera hacer algo terrible que justificara este vago ensueño. Pero el sol empieza a brillar. El corazón dulcemente siniestro del chico se arruga para adentro, en la penumbra de sus doce años indómitos.

Pirulí recuerda de sus aventuras. Analiza despectivamente cada una de ellas. Casi todas le parecen tontas, pueriles.

– Mita'í rembiapó, sudor de perro debate... –piensa descontento.

Una sola le produce cierta complacencia: la del kuriyú. Hacía de esto tres o cuatro meses.

Él fue quien buscando una vaca encontró la enorme víbora a orillas del bañado, sumida en el sopor de la digestión, después de haberse tragado un ternerito. Sabía que las bocas en este estado son inofensivas. Pirulí pensó que no se le presentaría nunca otra oportunidad semejante y se animó. Se apeó del matungo y con el machete degolló a la víbora, casi asfixiado por

el temor y la felicidad. Después convocó a consejo de guerra a los demás miembros de su pandilla, de la que era el jefe indiscutido, y les expuso su plan. Todos aceptaron la empresa poseídos de una exaltación sin nombre.

La kuriyú, que medía no menos de veinte varas, fue asegurada con lazos. Pirulí ató los extremos a la cincha del matungo y así arrastraron a la víbora muerta a lo largo de casi media legua hasta dejarla sobre las vías del ferrocarril en el brusco recodo que forman al salir del Corte Maciel, un terreno boscoso y en pendiente donde la locomotora no podría frenar de golpe. Pirulí había calculado todos los detalles.

El tren de pasajeros pasaba por allí a la caída de la tarde. La gran locomotora negra coronada de humo y arrastrando fragosamente sus vagones iluminados, siempre había constituido una tentación demasiado fuerte para Pirulí y los suyos. En ese gran monstruo de hierro, de fuego y de rumor viajaba el misterio, lo desconocido, lo prohibido, lo que ellos nunca conocerían. En las ventanillas con luz que pasaban velozmente una tras otras como ráfagas de una pesadilla coloreada veían caras

humanas; las veían reírse y moverse felices, como si se burlaran de ellos que sólo tenían su selva, su estero, sus sabandijas, su desarrapada y miserable libertad en la que estaban cautivos.

Esta vez les tocaba a ellos; se vengarían del monstruo de hierro al que habían puesto en su camino un monstruo de carne y de sangre.

Se escondieron en la maleza para ver la lucha. Y lo que vieron no defraudó sus esperanzas.

Cuando el tren arrolló a la kuriyú, la rolliza cola escamosa y anillada se levantó como disparada por un resorte y chicoteó en los costados de los vagones proyectando chorros oscuros y hediondos a través de las ventanillas iluminadas. El terror agarrotó en la garganta de los pasajeros un solo y largo grito de angustia, de espanto, de muerte. No parecía un clamor humano, sino un chillido de bestias heridas. Pirulí y sus secuaces se estremecieron en sus escondrijos. Sus ojos brillaban como luciérnagas inmóviles y horrorizados entre la maciega. Vieron que muchos pasajeros se arrojaban por las ventanillas. Los más quedaron aplastados contra el suelo. Unos pocos huyeron despavoridos a campo traviesa, renqueando,

chillando enronquecidamente sus pedidos de socorro. Uno se hincó al borde de la vía, entre los pedazos descuartizados de la víbora y empezó a rezar sollozando y golpeándose el pecho. La locomotora también pasa desesperadamente, y sus metálicos alaridos hacían aún más pavorosa la escena. Las ruedas patinaron por la pendiente sobre los restos viscosos de la kuriyú.

Pirulí y sus compinches no vieron más porque huyeron de allí como apereáes disparando del fuego. Todo el pueblo vino a ver el accidente. Ellos, no. Ya lo habían visto y estaban satisfechos.

Pirulí sonríe soñadoramente. Ojalá pudiera volver a hacer alguna vez algo parecido.

– ¡Jhojhohóóó, cabayúúú...! ¡Vamooo, pue...!

– los bodoques siguen estallando intermitentemente como burbujas rojizas sobre el apelechado lomo del matungo.

Las muelas cilíndricas giran secas. Su lamento entretanto se ha hecho más agudo. Ha estado volando lejos de allí con imaginación de pequeño pájaro sanguinario. De pronto se da

cuenta de su olvido, de su negligencia. Siente por anticipado a los chicotazos de la madre. Ella es implacable con sus faltas. Y su chicote de ysyó-po`i entra hasta los huesos. Pirulí recuerdo el castigo que mereció por la aventura de la kuriyú cuando Karumbé`í, el traidor de la pandilla, acosado por la guasca del padrastro, los delató. Eleuteria le pegó a su hijo hasta que se le durmieron los brazos. Pirulí se toca las cicatrices de la zurra y el recuerdo de dolor le vuelve a latir en las sienes como la picadura de dos rojas avispas enfurecidas.

Eleuteria viene saliendo del montecito con su hato de la leña sobre la cabeza. Pirulí necesita encontrar algo pronto para disculparse, para desviar el justo enojo de la madre que él se imagina cómo caerá sobre él. Cierra los ojos. Araña en su interior. No encuentra nada, ¡nada! Ah, sí, encuentra algo. Se remueve un instante dentro de la blusa elásticamente y se lanza contra los rodillos del trapiche que empiezan a comer uno de sus brazos.

– ¡Mamááá..., mamááá...! ¡Che yagarrá cooo la trapiche...! ¡Mamááá...! ¡Ayáyáiii, mamaítaaa...!

Los gritos de Pirulí son desgarradores. Las lechiguanas revuelan asustadas. El matungo sigue su marcha renga, sin oír, tirando del palo del malacate. Las terribles muelas cilíndricas siguen mascando el brazo de Pirulí. Ya lo tienen devorado hasta el codo. Eleuteria arroja su atado de leña, arroja el machete y se precipita desalada hacia el caballo para detenerlo. Lo detiene. El lamento del trapiche cesa. Pero siguen los gritos de Pirulí y de su madre, de dolor los de él, de espanto los de ella.

– ¡Pirulí...,che memby...! ¡Por el amor de Dio...! ¡Socorro, gente kuéra...! ¡Trapiche ko oyagarrá che membype...!

Eleuteria hace gritar en sentido contrario al caballejo. Prácticamente lo arrastra del bozal. Su fuerza es idéntica a su desesperación. Los rodillos van devolviendo poco a poco su mascada humana. El brazo de Pirulí va saliendo del trapiche convertido en bagazo hasta la mitad. Pirulí ha quedado extrañamente tranquilo. No llora, no se retuerce. Recobra su brazo en actitud reflexiva. Se diría que ya no siente dolor alguno. Los cilindros están apenas húmedos. Y el caldo verde y espumoso no ha

perdido su color en las ollas negras que están debajo.

– ¡Che memby...! ¡Y e`e el brazo derecho... tu bracito derecho, m`hijo, che Dio Santo...!

La desesperación de Eleuteria va tomando matices sombríos. Abarca el pasado y el futuro sobre el filo del momento terrible. Ve su hijo lisido para siempre. Se arrodilla delante de él y va a tomar el brazo herido como algo sagrado. La pobre mujer tiembla en todo el cuerpo. Es una hoja estremecida por el vendaval interior que destroza sus nervios. El pañuelo floreado se le ha caído de la cabeza y sus cabellos negros se han llenado de repentinas moscas de ceniza. Caen lacios y parados sobre su cara lívida. Pirulí está impassible, casi sonriente, concentrado en su pensamiento. Eleuteria toma por fin el brazo triturado y seco. La manga flota vacía en sus manos. No hay humedad de sangre, no hay pedacitos de huesos no jirones de carne. Nada. Sólo la tela seca y vacía.

Entonces Pirulí, como congraciándose, saca el brazo entero, intacto, que lo tenía

metido dentro de la blusa, entre el cinto y la piel, y se lo extiende a su madre.

– Aquí e`etá, mamaíta, mi brazo. Para engañarle un poco nomá ko hice...

Ciega, trémula, jadeante, bruscamente transformada, Eleuteria grita agachándose:

– ¡Mita`í tepotí...! ¡Hijo del diablo...!
¡Añá...añá...!

Levanta el garrote del suelo y descarga un gran golpe sobre la cabeza de Pirulí, que cae sin un grito y queda inerte a los pies de Eleuterio.

Lucha hasta el alba

Tenido en el camastro boca abajo, el muchacho oyó la tos seca del padre, el soplido para apagar la lámpara. Esperó aún un buen rato hasta que la noche se metiera bien adentro en la casa. Siempre era posible que el hermano mellizo acechara despierto en el cuarto contiguo. Cuando el silencio dejó oír el suave retumbo del río en las barrancas, el muchacho se inclinó y sacó el envoltorio escondido. Los verdugones del castigo de la tarde le escocieron de nuevo hasta el hueso, en las rodillas, las punzadas de los maíces sobre los cuales el padre lo mandó hincarse durante horas, como de costumbre. “¡Ahí lo tienen al futuro tirano del Paraguay! ¡Rebelde ahora, déspota después!... ¡A vergajazos voy a enderezar a este cachorro del maldito! ¡Lo vas a resabiar!...” Desde el patio el velludo mellizo le sacaba la lengua; las morisquetas de burla aumentaron su humillación, formaban parte del castigo. Sus brazos en cruz le pesaban cada vez más. Cuando se quedó solo los dobló y entrelazó los dedos sobre la nuca. Se sentía hecho una criba.

Su rabia le llenaba la boca de saliva amarga, le hacía bombear salvajemente el corazón entre los huesos.

Abrió el envoltorio con mucho cuidado, no fueran a crujir los papeles viejos. El frasco brilló entre sus manos con tenue fosforescencia. Lo agitó soplando varias veces en la boca del frasco. Los puntitos que titilaban adentro con luz verdosa se avivaron un poco: una luz más débil que el hablo de la luna menguante sobre las hojas de los guayabos. Pero alcanzó a ver borrosa la silueta de su mano, las falanges crispadas sobre el vidrio.

– Han muerto muchos de ayer a hoy – murmuró–. Tendré que poner más lámpiros. Es difícil escribir con tantos gusanos muertos. Esaú empieza a sospechar. Me sigue a escondidas cuando por las noches voy al campo a cazar muás. Me ha preguntado si pienso tejer cinturones luminosos para las Wôro que danzan desnudas en los cañadones del bosque pidiendo a la luna que llueva, como cuenta mamá que pasa en una tribu de indios, en los desiertos del Chaco. “¿Son mujeres de verdad?”, pregunta Esaú. “Son mujeres-póra” –dice mamá–. Son deidades silvestres de los indios. Pero ellos son

de otra manera. La verdad no se sabe...” Cuando Esaú va al monte a cazar encuentra los cinturones de muás que yo de dejo colgados en las ramas de los árboles. Los toca y los huele. Mete la cabeza entre las piernas y grita como un enano insultando a las Wôro. Después voltea a hondazos una mortandad de tapities y palomas de monte y los trae de regalo a papá que mucho aprecia lo que hace Esaú con fina voluntad. Yo veo y me callo. La verdad no se ve, digo.

Sopló otra vez por el cuello del frasco. El zumbido de su aliento le sobresaltó. Lo puso sobre el cajón y tomó el cabo de lápiz; le habría sido difícil tal vez seguir su pensamiento sin apuntalarlo con ese susurro.

Tal vez sea más fácil ser Jacob que escribir sobre Jacob, y mamá que me pregunta por qué quiero ser como Jacob. Yo cierro fuerte la boca para no contestar. Mamá entonces me toma la cabeza entre las manos y mirándome en los ojos como ella sabe hacerlo, me dice que cada uno es lo que es y que no arrienda compararse con los otros. Pero quién sabe lo que uno es. ¡Uno de tantos entre tantas cosas!

Ya no sé si soy joven o viejo, o las dos cosas al mismo tiempo. En los cuadernos de

papá, de cuando era todavía seminarista, leí: “Mi infancia murió hace ya tiempo, y yo aún vivo...” Y cuando abuelo José murió, papá escribió sobre su tumba: “Entregó su espíritu en las manos de Dios. Le devolvió su vida en buena vejez, anciano y lleno de días”

Volvió a agitar el frasco. “Son como pescados muertos

—dijo—, pero el vientre todavía les brilla en el patio, y me dio la idea de una lámpara que no fuera como las otras y que alumbrara con otra luz, la luz de los bichos que alumbran el aire de la noche.

La mano del muchacho siguió escribiendo en el rotosó cuaderno, a la luz del tenue reverbero.

—... Papá no es hombre malo, pero me cree malo a mí. El sabe que su infancia murió hace tiempo, pero no sabe que yo soy más viejo que él. Capaz que por eso me pega con esa correa doble que él usa para asentar el filo de su navaja. Pero no pega nunca a Esaú. Mamá me dice que es porque mi hermano es contrahecho y tiene la cabeza un poco desvariada. Papá me pega cuando cree que hago algo malo.

Pero yo sé que no es malo zambullirme en el río con los otros muchachos del pueblo para buscar el cuerpo del pasero ahogado en el remanso, enredado entre los raigones del fondo bajo flotadores de la balsa. Esaú contó que yo salí echando sangre por la nariz y por la boca, abrazado al cadáver del viejo. Eso no es cierto. Yo encontré el cadáver bajo la balsa pero no me animé a tocarlo. Me miraba fijo debajo del agua, como riéndose con una mueca. Vi los huesos ganchudos de las manos ya comidas por las pirañas. Lo sacaron los otros muchachos. Pero aunque lo hubiese sacado yo, ¿es malo eso? ¿Es pecado tan grande sacar un ahogado? Por lo menos para que lo entierren en camposanto.

Suspiró con estremecimiento.

– Mamá defiende a papá tratando de explicar que él tiene miedo a que yo también un día me ahogue en el río, y que lo que él quiere es que volvamos a la ciudad para sacar de nosotros dos hombres útiles y sabedores y respetados. Pero los castigos no son solamente por culpa del río. La otra vez fue la llave que perdió Esaú en la chacra y no pudimos entrar en la casa. Papá me mandó a buscarla mucho

después que cayó la noche y yo tuve que pasar corriendo con los ojos cerrados y los oídos tapados sobre el empalado del puente donde dicen que tiene su guarida el fantasma del Descabezado. Estos castigos son los que más duelen y me pueden desvariar la cabeza a mí también, si es que no la tengo ya desvariada. El miedo es la cosa más mala también, que puede caerle a un cristiano. Y lo que yo siento es que papá tiene miedo a otra cosa que él mismo no entiende qué es. Hace ya mucho tiempo que es mensual de la fábrica y sabe que de aquí no podrá salir, como salió del seminario, de los obrajes, de los yerbales. Hay lugares de donde no se puede salir. Y este lugar de Manorâ, en Iturbe del Guairá, es uno de ellos. La gente se muere aquí como los muás en el frasco cuando ya no pueden echar más luz de su vientre, digo cuando la vida se les apaga en la fábrica o en los cañaverales. Papá no es hombre malo y yo diría que es el más bueno si no fuera por ese miedo que tiene a lo que no sabe y no entiende, o tal vez lo sabe tan bien que ya lo olvidó...

El muchacho escribía con apuro, pero las letras gordas de escuelero le salían lentas y difíciles. Se quedaban atrás de lo que él

procuraba decir y escribir. Las borraba cada tanto con trazos temblorosos que a veces rasgaban el papel. El frasco se iba apagando poco a poco.

– Cuando leo en la Biblia ese hecho que hizo Jacob, yo encuentro que es de otra manera, no como cuando mamá nos lee o nos cuenta los mismos hechos. Igual que cuando a papá estuvieron por matarlo los revolucionarios porque no quiso decir dónde estaban las armas de la policía de la fábrica. Toda la noche entre si lo mataban o no lo mataban, y que dónde están las armas, y los golpes y los insultos, y los tiros junto a su cabeza quemándole los cabellos y hasta uno de esos tiros arrancándole un pedazo de oreja. Todo esto justo hasta el alba cuando llegó al galope un jinete de la montera y gritó a los que tenían atado a papá con trozos de alambre: “¡No, a ése no lo maten ya! ¡Encontremos las armas escondidas en las calderas de la fábrica!”. Y así papá se salvó de los fusiles y los machetes de la pueblada. Mamá no quiere acordarse de esas malas memorias. Se le humedecen los ojos y se queda callada. Me pasa la mano sobre la cicatriz que tengo en la cabeza y que me dejó ahí un pedrada de Esaú.

Mi hermano Esaú, del que nunca puedo separarme como si él siguiera teniendo trabada su mano a mi calcañar desde que nacimos juntos. Eso dice mamá cuando cuenta que Esaú es el mayor porque nació último y que su alma está derramada en mí como la mía está derramada en él. Pero yo no quiero un alma así, tan de dos sin ser de nadie y que sin ser nada y al mismo tiempo doble da a uno solo tanta aflicción...

Ya no vio la forma de su mano. Se puso el lápiz entre los dientes. Empezó a envolver el frasco con el mismo cuidado del comienzo. El viento que las Siete Cabrillas suelen soltar hacia la medianoche, había apagado el retumbo del río. El muchacho sintió el peso enorme de la noche amontonada en el cuarto. Tomó el frasco a tientas, se abrió la puerta y salió sin hacer ruido.

La noche hedía a los charcos de agua estancada, al guarapo fermentado en los canales de desagüe del ingenio. Arrojó el frasco al río desde lo alto de la barranca. Oyó el ruido del choque en el agua. Se estuvo un rato inmóvil. Luego siguió andando en la oscuridad, de cara

al olor lejano de los cañaverales. Sintió que la frente le ardía en el relente.

Caminó sin detenerse una sola vez. Su paso firme parecía olvidar todo otro rumbo que no fuera ése. Por atajos y desvíos que conocía bien llegó al cruce de los caminos que, en la historia de Jacob, en la Biblia se llama Manhanaim y en la tierra de Manorâ, Tape-Mokôi. Algo o alguien le saltó por detrás clavándole uñas como garras en la nuca. El muchacho giró y comenzó a luchar contra su invisible adversario con toda la furia y la tristeza que llevaba adentro, con un ansia mortal de destruirlo. Luchó cada vez con más fuerza logrando que todo el peso de la noche entrara en su brazo. Sintió que ese esfuerzo desbarataba los malos recuerdos; sintió que los arrojaba de sí en los espumarajos que echaba por la nariz y por la boca. Sintió que sudaba sangre y que este sudor lo purificaba, que lo volvía más liviano, sin peso ninguno, pero que todavía estaba vivo y que sólo vivía para triunfar en esa lucha con el Desconocido. Como éste notó que no podía contra él, puso su puño forzando la palma del anca del muchacho y le descoyuntó el muslo. Pero el muchacho no

cejaba y arremetía con creciente encarnizamiento.

La voz dijo: “¡Déjame, que el alba sube”. Y el muchacho gritó fuerte, no como un ruego sino como una orden: “¡No te dejaré si no me bendices!”. La voz dijo: “¡No puedo bendecirte porque estás maldito para siempre...!”

El muchacho siguió luchando ciegamente, hasta que se dio cuenta de que había estrangulado a su adversario; su cuerpo permanecía abrazado a él, pero ya inerte y sin vida. El muchacho se sacudió y lo dejó caer. Su pie tropezó con una piedra. La levantó y contempló entonces la cabeza separada del tronco.

Y en esa cabeza descubrió el rostro de filudo perfil de ave de rapiña del Karai-Guasú, tal como lo mostraban los grabados de la época. Pero también vio en la cabeza muerta el rostro de su padre. Dudó un instante como en el centro de una alucinación o de una pesadilla. Pero la palma del anca descoyuntada le mostró que si ese era un sueño se trataba de un sueño de otra especie. El día claro le mostró dos paisajes superpuestos, dos tierras, dos tiempos, dos vidas, dos muertes.

...Yo también, como Jacob, vi a Dios cara a cara y fue liberada mi alma...

Pero esa voz no era la suya, ni la de su madre, ni la de las Escrituras, ni la voz que había entrado muchas noches en su vigilia cuando el resplandor fosfórico de las luciérnagas escribía a su manera la historia de Jacob. Sintió en el fondo de sí que todo eso era falso. Un sueño. Pero que esa falsedad, ese sueño, era la única verdad que estaba permitida.

El sol, el rescoldo neblinoso de un sol que no se veía quemaba todo el cielo y borroneaba el *día* en una tiniebla blanca. El muchacho continuó su camino rengueando del anca descoyuntada. Llevaba la cabeza sanguinolenta bajo el brazo. El fuego blanco del sol la iba despellejando por instantes. Pronto quedó el cráneo calcinado, arrugado, cada vez más pequeño. El muchacho Jacob le tendió las manos sin ver que en ellas no había ningún cráneo.

– ¡Es de una persona importante de Phanuel! –dijo–. Se lo vendo por poco dinero...

El rabino Zacarias no entendió lo que el otro le dio. Salvo la palabra Phanuel, el nombre hebreo que quiere decir: el-que-ha-visto-la-faz-de-Dios. Le sorprendió que un muchacho campesino de Manorá pudiese conocer el nombre y pronunciarlo con acento arcaico. Se lo hizo repetir. El muchacho Jacob volvió a decir claramente:

–¡Phanuel!

El rabino Zacarias retrocedió. Su voz se volvió dura:

– ¡Deja en paz lo que no entiendes y es sagrado!

El hombre malo, el hombre depravado anda en perversidad de boca. Y tú no eres el suplantador que estará en lugar de aquel hombre santo. Anda y trabaja los campos y siembra y cosecha.

El muchacho Jacob inclinó la cabeza. De entre los cabellos encanecidos cayeron sobre sus pies gotas de sudor o de lágrimas.

– Vete –le dijo el rabino y cerró la puerta después de arrojarle unas monedas.

La noche había caído de nuevo. La silueta que rengueaba entró en un rancho de expendio de bebidas, que brillaba con resplandor calcáreo a la luz de la luna, en un

recodo del camino. Pidió al bolichero con voz ronca apenas audible una botella de aguardiente y dejó caer las monedas sobre las tablas. Bebió a sordos largos apretando la boca ansiosamente contra el gollete, sin una pausa, sin un respiro, como si ya no tuviera aire adentro. Se retiró bamboleándose hacia un rincón del rancho, y se tendió en lo oscuro poniéndose el anca descoyuntada como cabezal.

Entraron dos hombres al lugar y también se pusieron a beber. De pronto uno de ellos se fijó en el que yacía en la sombra, y dirigiéndose al patrón le preguntó con un guiño de picardía:

– ¿No es ése el hijo de don Pedro, el de la azucarera?

El patrón asintió encogiéndose de hombros.

– Los muchachos de ahora pronto empiezan a darle al trago –dijo el que había hablado–. Pero el padre le va a sacar el vicio a latigazos. Don Pedro no se anda con vueltas.

El segundo hombre se aproximó, husmeó la sombra y removió el cuerpo yacente.

– A éste no le puede pasar ya nada – preguntó el posadero.

El hombre regresó al mostrador, bebiese de un trago la media caña. Después dijo con la voz opaca:

– Ése ya huele a muerto.